

Revista de **FOLKLORE**

Nº 86



Vendedora de rosas

José M.^a Domínguez Moreno ■ Félix P. Fernández Alcalá
Manuel Garrido Palacios ■ Juan Guerrero Olid ■ Juliana
Panizo Rodríguez ■ Déborah Pérez Cardenal ■ Pablo Sanz
Yagüe ■ Guadalupe Sardiña ■ Sarvelio Villar Herrero

Editorial

Suele existir, entre quienes investigamos o trabajamos en la Cultura tradicional, una tendencia, con frecuencia mal disimulada, al «salto histórico». Si uno compara diacrónicamente costumbres, ritos o hábitos, suelen hallarse coincidencias o disimilitudes muy útiles para rastrear el proceso histórico de esos hechos. Sin embargo, sea para justificar la pretendida antigüedad de las cosas —que parece imprimir un sello de categoría superior—, sea porque los siglos intermedios están poco o insuficientemente estudiados, uno se ve tentado a saltarse épocas dilatadas o, al menos, a pasar sobre ellas de puntillas para llegar al pretérito deseado. Es insostenible la tesis romántica del campesinado novecentista que no había salido de la Edad Media, por ejemplo; cierto que muchas de las fiestas y costumbres se establecieron en esa época y aun antes. Pero, ¿cómo entender que el uso continuado de las mismas no las haya hecho evolucionar, al menos en algún aspecto?

A lo largo de cada siglo (en ocasiones dos o tres veces por centuria), aparecen unos hitos de tipo social, económico, espiritual, etc., que marcan positiva o negativamente a un colectivo humano. Puede ser una guerra, un hallazgo técnico, el nacimiento de una idea religiosa, la lucha por una mejora en las condiciones de trabajo o cualquier otro aspecto ante el cual la vida monótona de una comunidad se conmueve decantándose las opiniones de sus habitantes a favor o en contra de esas ideas. ¿Cómo pensar que no haya cambiado el Carnaval desde los tiempos del Arcipreste de Hita, con la cantidad de prohibiciones y remozamientos que ha tenido que soportar a lo largo de su historia? Nadie niega que la fiesta sea la misma, igual que lo son una casa, un apero o una boda, pongamos por caso; pero no se pueden ignorar los pasos precisos que cada uno de ellos ha dado para llegar al momento actual.



SUMARIO

	Pág.
Los gitanos extremeños en el XIX	39
J. M. ^a Domínguez Moreno	
Juegos tradicionales en Castroverde de Campos	47
Sarvello Villar y Félix Pablo Fernández	
Matanza en Santisteban del Puerto	55
Juan Guerrero Olid	
El mayo en Huertahernando	60
Déborah Pérez y Pablo Sanz	
La Puerta del Campo de Valladolid	65
Guadalupe Sardiña	
Varios paseos por una danza catalana ...	67
Manuel Garrido Palacios	
Refranes alusivos a la amistad	70
Juliana Panizo	

EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR.
Fuente Dorada, 6-7 - Valladolid, 1988

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díaz,

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Gráf. Turquesa.—C/ Turquesa, Parc. 254-B, Pol. I. S. Cristóbal - VA-1988.

I

El día 6 de enero de 1836 cruzaba la frontera española el inglés George Borrow, uno de esos viajeros del siglo pasado que, al igual que Irving, Andersen y otros, se encargará de difundir en sus escritos lo típico y lo tópico de la *piel de toro* en aquella época romántica. Las curiosas aventuras por él vividas, reflejadas más tarde en letra impresa, especialmente las tragicómicas andanzas con los gitanos extremeños, difícilmente las entenderíamos si antes no conociésemos una parte de su vida.

George Enrique Borrow había nacido en East Dereham, Norfolk, un día 5 de julio de 1803. Era el segundo hijo del matrimonio compuesto por Tomás Borrow, un capitán del Regimiento con escaso futuro, y Ana Prefertment, una antigua actriz de origen francés, tal vez gitana, e hija de agricultores bien acomodados. Sus primeros años discurren entre continuos desplazamientos motivados por la profesión paterna. En 1810, cuando George contaba siete años, tiene lugar un acontecimiento que lo marcará para el resto de su vida, ya que es en esa fecha cuando conoce y jura fraternidad con el gitano Ambrosio Smith, el Jasper Petulengro de sus escritos. Estudió en Dereham, Edimburgo, Norwich y en la «Academia Protestante» de Connel. Aunque dotado de una prodigiosa memoria y de una facilidad nada usual para el aprendizaje de idiomas, el joven Borrow únicamente se halla atraído por la aventura, por los deportes y por la vida errante. Sus costumbres extravagantes comienzan a resultar antipáticas a su padre, para quien ya es un gitano en el sentido literal de la palabra. Esta opinión de su padre era obsesión en él. En 1818 se encuentra de nuevo con el amigo Ambrosio Smith y con su grupo étnico recorre mercados y ferias, aprendiendo su lengua, hábitos y costumbres. Tras un corto paréntesis en el que trabaja de pasante, de traductor de los idiomas más dispares y de escritor de cortos vuelos, nuestro hombre deja la vida sedentaria y vuelve al mundo errante de la tribu. Ha cambiado la pluma por el oficio de herrador y se ha visto prendido en las garras de una enamorada mozueta gitana.

El período comprendido entre 1825 y 1832 es el menos conocido en la vida del inglés, ya que él mismo lo intenta cubrir con un halo de misterio. Sus biógrafos aseguran que esos siete años los ocupó en aventuras y traducciones, así como en algunos viajes por la Europa Occidental para ejercitar su afán políglota. Entonces pisó por vez primera la capital de

España. Por esas fechas Borrow habla correctamente doce lenguas (galés, danés, hebreo, árabe, alemán, español, armenio, italiano, ruso, manchú...) y es capaz de traducir nada menos que treinta y dos. Al final de esta época se retracta del ateísmo inculcado por W. Taylor, y animado por un reverendo pastor amigo de la que luego sería su esposa, contacta con la *British and Foreign Bible Society* (Sociedad Bíblica Británica), que le encarga la difusión del Nuevo Testamento sin notas en Rusia. Allí permanece hasta 1835. Vuelto a Inglaterra, la Sociedad Bíblica le envía a finales de ese mismo año a Portugal para acelerar la propagación de la Biblia. Dos meses escasos disfrutó del vecino país, ya que el «ansia de llegar a la romántica, a la caballerescas y vieja España» agilizan sus pies, que acaba poniéndolos en Badajoz un día 6 de enero del año siguiente.

Fruto de su estancia en España, en la que permanecerá hasta 1840, son la publicación de dos de sus libros más conocidos: *The Zingali; or An Account of the Gypsies of Spain* (Los Zingali. Los gitanos en España) y *The Bible in Spain* (La Biblia en España), editados en 1841 y en 1842, respectivamente. La segunda de las obras constituyó un auténtico éxito, y Borrow saboreó las mieles del triunfo. En el primer año se vendieron siete ediciones en lengua inglesa, a las que habría que unir otras dos que se despacharon en Norteamérica en 1843. Muy pronto se hicieron traducciones al francés, al ruso y al alemán. Curiosamente tendrían que pasar ochenta años para que los españoles pudieran leer el libro en su propio idioma.

Un repaso a cualquiera de los dos libros nos pone al descubierto las estrechas relaciones de Borrow con los gitanos españoles, gitanos que no siempre son bien tratados, a pesar del «gitanismo» que rezuma el autor. La comprensión y una indiferencia *sui generis* hacia este grupo étnico es lo que vamos a encontrar a menudo en las páginas de *The Bible in Spain*, obra que nos servirá de base para el análisis de los gitanos extremeños.

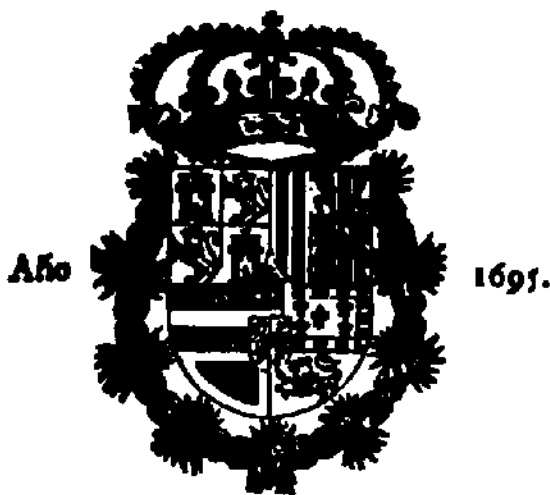
II

En *La Biblia en España* dedica Borrow dos capítulos, el 9 y el 10, a narrar su paso por Extremadura camino de Madrid. La bienvenida al más genuino estilo español la recibe George al pisar el suelo de la provincia pacense. «Una voz me saludó desde la otra orilla en el espléndido idioma de España, de esta ma-

nera: ¡Oh señor caballero, que me dé usted una limosna por amor de Dios, una limosna para que yo me compre un traguillo de vino tinto!... Arrojé al mendigo una monedilla de plata y, gritando ¡Santiago y cierra España!, seguí mi camino más de prisa todavía, prestando poca atención, como dice Gil Blas, al torrente de bendiciones derramado por el mendigo a mis espaldas; según más tarde averigüé, aquel tipo era un borracho perdido que se instalaba todas las mañanas junto al vado para sacar a los viajeros unos cuartos y gastárselos por la noche en las tabernas de Badajoz. Pagaba con bendiciones a quien le daba limosna y con maldiciones a quien se la negaba, e igual facundia y habilidad tenía en el empleo de las unas que de las otras». Simpática descripción, que parece sacada de una página de la picaresca. Los pobres menesterosos recorren las principales rutas peninsulares y acechan la dádiva del viajero. Volverá Borrow a toparse en una venta, ya en tierras de Almaraz, a otro «mendigo, que, después de pedir una limosna por las siete llagas de *María Santísima*, se sentó con nosotros y se instaló muy a sus anchas».



PRAGMATICA:
QUE SV Magestad MANDA
publicar, dando la forma en que deven vivir
los Gitanos que se hallaren en estos Reynos,
con expresión de las penas en que
incurren contraviniendo
á ella.



CON LICENCIA.

En Madrid: Por Julian de Paredes,
Impresor de Libros, en la Plazuela
del Angel,

Arrieros, viajeros, contrabandistas, gitanos, salteadores y pobres viven por y de los caminos. Madoz, que redactaba su magna obra cuando *don Jorgito el inglés* recorría la Península, apunta la metamorfosis del menesteroso extremeño, que acabará sujeto en las redes del bandolerismo: «En una palabra: la decrepitud, la orfandad, la desgraciada viuda, el enfermo pobre, el huérfano, ni el niño abandonado, encuentran un asilo benéfico en que se socorran sus miserias, precaviendo de este modo el extravío de corazón, que conduce como una necesidad y único refugio al crimen».

La primera impresión de Borrow, que refiere con cierto sarcasmo, aumenta en el mismo sentido negativo cuando ha de soportar la insolencia del funcionario de la aduana de Badajoz y con la desagradable sorpresa que le depara el paisaje de la comarca, como él no duda en reconocer: «Los alrededores de Badajoz no me predispusieron gran cosa en favor del país a que acababa de llegar.» Por espacio de tres semanas permanece en aquella capital y en ese tiempo sus relaciones con los «españoles» son nulas, dedicándose por entero a los gitanos. Su falta de contacto lo fundamenta en lo que a la larga se ha considerado una nota antagónica entre las dos razas: «Durante mi estancia en Badajoz tuve poco trato con los españoles; lo más del tiempo se lo consagré a los gitanos..., y con quienes me encontraba más a mis anchas que con los silenciosos y reservados hombres de España; medio siglo puede estar un extranjero entre españoles sin que le dirijan media docena de palabras, a no ser que partan de él los primeros pasos para intimar, y aun así puede verse rechazado con un encogimiento de hombros y un *no entiendo*, porque entre los muchos prejuicios profundamente arraigados en este pueblo se cuenta la singular idea de que ningún extranjero es capaz de aprender su lengua...».

Pasa Borrow los días traduciendo la Biblia, que posteriormente imprimirá en Madrid, y predicando el Evangelio a los gitanos. La *conversión* de su raza adoptiva la toma muy en serio, hasta el punto de verter al *caló* los escritos de San Juan. Los *Zincali*, incapaces de leerlo, lo usan de amuleto y rápidamente agotan la tirada. Es supersticioso el gitano, que, amén del librillo, sabe usar de la talismánica piedra de imán colgada al cuello, el *bar lachi*, «la piedra preciosa a que se pega la aguja». Constituye el único pasaporte de Antonio López, el indómito gitano y temprano amigo del inglés, que así alaba sus cualidades: «Hermano, cuento ya cincuenta años de edad y aquí me tienes vivo y sano. ¿Cómo podría ser eso si el *bar lachi* no tuviera poder alguno? He sido soldado y contrabandista, y he matado y robado también a los *Busné* (payos). Las balas del *Gabiné* (francés) y del *aira canallís* (guardas) me han zumbado en los oídos sin tocarme por llevar conmigo el *bar lachi*. Veinte veces he hecho cosas que, según la ley *busné*,

debían haberme llevado al *jilimicha* (horca, patíbulo); sin embargo, nunca me ha estrujado el cuello el frío *garrote*. Hermano, confío en el *bar lachí*, como los *Coloré* (gitanos) de otro tiempo: aunque me viera en el golfo de *Bombardó* (León) sin una tabla a que agarrarme, no tendría miedo; porque llevando tan preciosa piedra, ella me sacaría sano y salvo a la costa. El *bar lachí* es poderoso, hermano». Los gitanos valoran su uso, pues no en vano tiene la fuerza de una herencia de los antepasados. Y saben, por ser práctica corriente, que las limaduras de la piedra de imán tomadas con aguardiente eliminan las posibles contrariedades de alguna difícil resolución.

De la misión pastoral llevada a cabo por don George entre las gentes del *Errate* deducimos que sería un regular auditorio el que se embelesaría con la verbosidad del *Caloró de Londres*. Los frutos cosechados debieron estar muy por debajo de los apetecidos. Ni tan siquiera conocemos el número de los gitanos que a la sazón tenían asentados sus reales en Badajoz, si bien especulando a la ligera podríamos convenir una cifra aproximativa. A raíz de la Pragmática firmada por Carlos III, fechada el 19 de septiembre de 1783, tendente a la «reducción» de los gitanos, se hizo el primer censo, y hasta ahora el único, de la comunidad. Unas 12.000 eran las personas que se consideraban legalmente comprendidas en dicho grupo, de las cuales 631 vivían en la entonces llamada provincia de Extremadura, lo que supone un 5,25 por ciento del censo. La proporcionalidad, a pesar de las seguras omisiones que debieron de existir a la hora del recuento, es muy baja. Y esta cifra se minimiza aún más si la oponemos al total de la población extremeña, que en aquellos momentos era de 431.648 almas. Esto significa que los gitanos eran tan sólo el 0,14 por ciento del total de los habitantes de la provincia. Cuando Borrow recorre la Península han ascendido a 547.420 los que habitan en Extremadura. Considerando un crecimiento paralelo de los gitanos, puesto que aunque es mayor su natalidad también lo es el grado de mortalidad, los miembros de esta comunidad girarían en torno a los 800. Sin embargo, todos estos datos han de tomarse con cierta cautela. Si complicado resulta saber su número, más difícil resulta averiguar su distribución en la provincia. De *La Biblia en España* deducimos que el mayor porcentaje de ellos residía en la capital pacense y en Mérida. En Trujillo, a pesar de la tradición gitana, sólo vive una familia. Es posible que otros miembros de la comunidad hubieran huido a lugar seguro tras la publicación de la Pragmática Sanción y de las «persecuciones» derivadas de la misma. La información de Borrow coincide en líneas generales con los datos que se apuntan en el censo citado más arriba. A los grupos sedentarios debemos sumar los ocupados en el bandolerismo, «en los asuntos de Egipto» que frecuentemente repite Antonio López, en el Camino Real, ya en los límites de *Chim del Manró* (Extrema-

dura), así como los ocupados en el matute y en otras tareas afines.

III

Al decir de mi maestro Luis Cortés, lo que verdaderamente identifica a un pueblo, en este caso a una comunidad, son la vivienda, la comida y, en último lugar, la lengua. Poco nos dice el *Caloró de Londres* acerca de la casa gitana, aunque sí lo suficiente como para que nos percatemos de su mísera condición. «Humilde choza» llama al habitáculo de la familia gitana, construido de piedras y cerrado con una sólida puerta de madera con no menos fuerte cerradura. «Pequeña y mísera» es la casa que Antonio tiene en Badajoz, de una sola planta y «situada en una calle sucia». Un pasillo de acceso a la vivienda y a la cuadra, independientes entre sí. Es todo lo contrario a lo que dice Madoz en su *Diccionario Histórico-Geográfico* en relación al conjunto de las construcciones de Badajoz y, consecuentemente, debemos encuadrar a las casas habitadas por los gitanos entre las edificaciones propias de las clases más humildes.

La situación en Mérida es semejante. Borrow se entera por la *gitana vieja* que le da posada que hay muchas casas de sobra en la ciudad y que los gitanos se posesionan de ellas. Lógicamente estas *casas de nadio*, «algunas tal como las dejaron los *corabanós* (moros)», se encuentran en estado ruinoso y es de suponer que los gitanos carecen de los medios materiales necesarios para una mínima reparación. Nuestra familia se halla instalada en un viejo caserón del que «la única parte habitable, además de la cuadra, era aquella especie de zaguán donde cenamos, y en el que dormían las gitanas», y en donde se hacían notar el frío y la humedad.

En la casa gitana se reserva una estancia para corral. Los animales, una de las fuentes de vida, han de estar bien acomodados. Pero la cuadra sirve también de cubil a los gitanos que no pertenecen al grupo familiar más íntimo. Las normas que rigen la moral gitana saltan a la vista. Don George y Antonio López, a pesar de ser cuñado de una de las mujeres de la casa, en Mérida han de dormir en el pesebre. Muy utilizado debió de ser por Borrow este *charipé* (cama) durante su estancia en Extremadura, y seguro que lo encontró confortable para combatir el sueño y los duros fríos invernales, ya que su añoranza en tierras trujillanas así lo evidencia: «Estaba, sobre todo, cansadísimo, y lo que más me apetecía era tumbarme en un abrigado pesebre y entregarme al sueño arrullado por el agradable rumor de caballos y mulas comiéndose el pienso.»

El mobiliario está acorde con la casa. *La Biblia* es poco explícita en este sentido, aunque de las escasas menciones podemos inferir la existencia en cada casa

gitana de una mesa pequeña, varias sillas, felpudos o colchonetas para dormir, algunas mantas, tal vez la guitarra, un brasero, una lámpara de barro y unos pocos útiles de cocina; es decir, todo aquello que podría trasladar sin dificultad una tribu nómada, y ello a pesar de que los grupos familiares, como apuntara el yerno del «feroz gitano» Antonio López, «no acostumbra ya a viajar». A consecuencia de la Pragmática a los del *Errate* se le obliga al sedentarismo, razón por la cual no se alude en *La Biblia* a jacales o campamentos móviles, excepción hecha de los montados esporádicamente por fugitivos y bandoleros.

El aspecto culinario apenas es esbozado en la obra que nos ocupa. Dejando a un lado los momentos más o menos festivos, como es el caso de la boda celebrada en Mérida y que se describe en *The Zincali*, en los que el menú es rico y variado, observamos que la comida diaria se presenta escasa, poco cambiante y marcada por los ritmos estacionales. Borrow llega a Extremadura en enero y, lógicamente, comprobará que el condumio tiene por base la carne de la matanza, aunque en las casas más humildes de la comunidad éste es un producto vedado. Una buena cena que el *Caloró de Londres* se atreve a citar es un cocido «de garbanzos, tocino y otras sustancias», acompañado del trago de la bota. Otras veces llenarán la andorga con vino, pan, aceitunas y queso. La cena es la principal de las comidas del gitano extremeño. Cuando hay sobras, éstas sirven de desayuno. En invierno el plato de la mañana también lo configuran los derivados del cerdo. Borrow y Antonio desayunan en Badajoz «el corazón del *balichó* (cerdo)» cocido, y la ingestión es aprovechada por el gitano para lanzar un conjuro que se inscribe en el contexto de la más pura magia simpática: «El puerco ha dado muerte a su hermano. Que todo *Busnó* (payo) corra su misma suerte.» *El resto del día entretienen el hambre a base de pan y de vino.*

En la primera mitad del siglo XIX sigue la persecución de los elementos gitanos reacios a abandonar «traje, lengua y modales». Son conscientes de que «el rey ha destruido la ley de los Calés». Cada vez existe menos diferencia externa entre los «españoles» y los gitanos. Cita Borrow algunas prendas del traje masculino de éstos: zamarra, faja, capa y sombrero andaluz. Son indumentarias iguales a las usadas por cualquier campesino pacense en tiempo de invierno. Otro tanto ocurre con las mujeres. La capa de paño basto es el único indumento, sólo en ocasiones, común a ambos sexos.

A lo largo de *La Biblia en España* se nos presenta un amplio vocabulario de los *Zincali* extremeños, común en líneas generales a los del resto de la Península y a los restantes en otros puntos de la geografía europea. No es ahora el momento de analizar los rasgos lingüísticos del *caló* ni otras peculiaridades, sino la importancia del habla gitana en el contexto gene-

ral de la época. El *caló* «es lengua prohibida», y por ello ha quedado reducida al trato íntimo de la comunidad. La mínima palabra gitana dicha en voz alta arranca las iras de los «españoles» y la represión de la justicia. *Don forgito el inglés* pudo comprobarlo cuando se fue de la sin hueso ante unos tratantes en una venta del Camino Real, entre Mérida y Trujillo: «¿Qué es lo que oigo? ¿Te atreves a hablar en *caló* delante de mí, que soy *chalán* y nacional? Malditos gitanos, ¿cómo os atrevéis a entrar en la *posada* y a hablar en esa lengua delante de mí? ¿No está prohibida por la ley como os está prohibido entrar en el mercado? Amigo, como vuelva a oír de tu boca una palabra en *caló*, te muelo los huesos a palos, y de un puntapié vas volando al tejado.» Para el payo la lengua gitana tiene fama de diabólica, de tal manera que pronunciando algunas palabras a la oreja de un burro apocado hace que éste se convierta en el animal más *vivaracho*, pero, ya vendido, el jumento vuelve a su condición primitiva. Para un tratante afectado, la solución estaría en poner fin a la infamia, lo que se conseguiría «con sólo prohibir hablar el *caló*; porque, ¿qué otra cosa sino las palabras en *caló* dichas a su



oído pudo inducir al jumento a portarse de tan inconcebible manera?»

La inquina hacia ellos les ha obligado al abandono de su lengua, uno de los pilares de la identidad gitana. La interpretación de la Pragmática por el pueblo y por las autoridades abren la fosa para enterrar los despojos de lo que ya a finales del XVIII, y más aún en el primer tercio del siglo XIX, no pasaba de ser una jerga de tipo marginal o gremial. El gitano de esta época romántica no tiene el mínimo problema para entenderse con los payos, e incluso maneja los recursos del idioma castellano con mayor soltura que los «españoles». Ya Sebastián de Covarrubias, en los comienzos del siglo XVII se hacía eco de este particular cuando señalaba que «los gitanos deprenen fácilmente la lengua de la provincia por donde pasan, y así saben muchas y fuera de ser ladrones manifestos, que roban en el campo y en despoblado, de algunos de ellos se puede presumir que son espías...»

IV

¿De qué viven los gitanos extremeños? Don Jorgito el inglés, en su viaje novelado, nos señala muy a la ligera algunas de las ocupaciones gitanas con fines lucrativos. «Allí (Badajoz) fue donde encontré al indómito Paco, hombre que tenía un brazo seco y manejaba las *cachas* (tijeras) con la mano izquierda; a su astuta mujer, Antonia, diestra en *hukkano baro*, o engaño maestro». He aquí dos oficios en una misma familia que requieren una cierta especialización: esquilador de animales y timadora. No conocemos cómo es la actuación de la pícara Antonia, aunque no anda muy lejos de la venta encubierta de los objetos provenientes del matute y de la práctica de la quiromancia. Precisamente la buenaventura constituye el principal trabajo de cara al exterior que realizan las *Calés* adultas y aun las que ya están en la edad de perder su *lacha* (doncelléz), constituyendo el *modus vivendi* de muchas familias. De una manera harto expresiva el autor del *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, refleja el componente quiromántico y embaucador de las gitanas: «Las mugeres son grandes ladronas y embustidoras, que dizen la buenaventura por las rayas de las manos, y en tanto que ésta tiene embevidas a las necias, con un buen marido, las demás dan buelta a la casa y se llevan lo que pueden.»

La anterior opinión contra la gitanería gozaba de total predicamento todavía en la primera mitad del siglo XIX. Don George puede comprobarlo a lo largo de su peregrinar, como puede comprobar la fama de ladrones que arrastran los miembros de la comunidad, fama que han ganado a pulso y con la que se identifican. La amistad con lo ajeno ellos, los gitanos de Mérida, la hacen *gachapla* (copla) que, acompañada con guitarra y golpes rítmicos, contornean con sus cuerpos las mujeres:

—Gitano, ¿por qué vas preso?

—Señor, por cosa ninguna:
porque he cogio una ramá
y etrás se binn una mula.

*Caminito de Antequera
preso llevan a un gitano,
porque se encontró una capa
antes de perderla el amo.*

El trabajo que por excelencia se le ha atribuido al gitano ha sido el chalaneo o tratos con bestias de carga. En *La Biblia* se alude en bastantes ocasiones a este oficio. Ya vimos cómo un competidor payo recuerda la prohibición a los gitanos de pisar ferias y mercados. No obstante, se las arreglan para mantener, aunque sea bajo cuerdas, la profesión y con este fin, a pesar de la dificultad que ello comporta, se desplazan de unos puntos a otros de la geografía de Extremadura e, incluso, a *Castumba* (Castilla), donde «las bestias extremeñas son muy apreciadas». Tienen conciencia del precio exacto de cada animal y unas máximas que configuran su código mercantil, como el que «las caballerías resabiadas y mal domadas suelen tener muy buenos pies».

El conocimiento que el gitano tiene del animal es la base del éxito de sus tratos, aunque también en los momentos precisos salgan a relucir la picardía, la triquiñuela, hasta el punto que el comprador se siente víctima del engaño más inverosímil. Con gran colorido vierte Borrow al papel el razonamiento de un engatusado por las mañas gitaniles: «Estando en Mérida o Badajoz, voy al mercado, y allí me veo en un rincón a los malditos gitanos charlando en una lengua ininteligible. «Señor gitano —le digo a uno de ellos—, ¿cuánto quiere usted por ese burro?» «Diez duros, Caballero nacional —me responde—. Es el mejor burro de toda España.» «Quisiera verlo andar», replico yo. «Ahora mismo», contesta, y salta sobre el burro y le hace salir andando, no sin haberle murmurado antes al oído no sé qué cosas en *caló*; el burro tenía un paso magnífico, como yo no había visto otro. «Creo que me conviene», digo al fin, y después de examinarlo un rato, saco el dinero y le pago. «Me voy a mi casa», dice el gitano, y desaparece rápidamente. «Y yo, a mi pueblo», contesto yo, y montando en el burro le digo: «Vámonos», pero el burro se está quieto. En vano le arreo con una varita. «¿Qué significa esto?», exclamo; y me pongo a darle espulazos. Pero el maldito, apenas siente la picadura, al primer corcovo me tira por las orejas en medio del fango. Me pongo en pic y veo al burro contemplándome atentamente, y a la *canaille* gitana mirándome de través con sus ojos velados. «¿Dónde está el tunante que me ha vendido esta alhaja?», grito. «Se ha ido a Granada», dice uno. «Se ha ido a ver a su familia de Morcerías», añade otro. «Le acabo de ver corriendo por el campo en dirección de..., perseguido muy de

cerca por el diablo», exclama un tercero. En suma, me han robado. Quiero deshacerme del burro, pero no hay quien lo compre; es un burro *caló*, y todos le huyen. Al cabo, los gitanos me ofrecen treinta reales por él; y después de regatear mucho, me doy por contento vendiéndoselo en dos duros. Todo ello es una pura estafa; el burro vuelve a su dueño, y la cuadrilla se reparte la ganancia...».

Dos siglos antes, Covarrubias había advertido sobre el particular cuando informaba que «los gitanos son grandes trueca burras, y en su poder parecen las bestias unas cabras, y en llevándolas el que las compra, son más lerdas que tortugas». Sin ningún género de dudas, estamos ante uno de los retratos típicos de los gitanos, que no desaparecerá ni cuando, pasados los años, consigan provisiones para ejercer legalmente el comercio de bestias, apoyándose para ello en el comportamiento heroico de los miembros de la comunidad en ciertos avatares históricos del siglo XIX. No en vano algunos gitanos pacenses habían luchado contra el *Gabiné* (francés) invasor.

V

La Pragmática de 1783 se apoya en la jerarquía diocesana para alcanzar su máxima difusión y su mayor eficacia. Los libros de visitas parroquiales recogen edictos enviados por obispos y cabildos tendentes, en orden a dicha Pragmática, a que los residentes en la jurisdicción correspondiente vigilen la actuación de malhechores, contrabandistas y gitanos, metiéndose a todos en un mismo saco. Este es un fragmento de



la circular que el Deán de Coria remite al cura de Ahigal, pueblo del norte de Cáceres, y de la que se acusa recibo el día 12 de agosto de 1784:

«... la instrucción que S. M. ha mandado expedir para la persecución de Malechores y Contrabandistas en todo el Reino afín de que teniendo la presente Empleemos nro. celo en beneficio de la causa p[ro]p[ri]a, prebiendo a los Ec[lesi]astos. de nro. obispado que no reparen en maura alguna de lo que S. M. manda en este particular sino en la parte q[ue] les toca procure cada uno disinguirse en su obserbancia atendiendo a la utilidad que resultare al servicio de Ds. y del Rei, sise logra el fin de limpiar las Provas, y caminos de facinerosos y contravandistas para ebitar los escusos y de sordenes que frecuente mente comete esta mala genie con notable daño del estado, y a los onrados Vasallos de S. M. entre las providencias que se prescriben en dha ynstrucción pra. el esterminio de las quadrillas de Malechores y Contravandistas en su articulo trece semandan tambien obserbar los articulos veinte y dos, veinte y tres, veinte y quatro, treinta, treinta y uno, treinta i dos y treinta y tres de la Pragmatica Sanción de diez y nueve de Spte. del año prosimo pasado de mil setecientos ochenta, y tres Espedida para contener y castigar la vagancia de los que se conozian con el nre. de Gitanos o Castellanos nuevos...».

Pero ya con anterioridad a esa fecha se había abierto la veda para la caza de estos colectivos marginados. A lo largo del siglo XVIII conocemos ejemplos de cómo se empleaba el rigor de la ley contra los gitanos implicados en el matute y en el bandolerismo. Algunos confesos mueren en la horca. Gómez Alfaro nos habla de gitanos que, tras la ejecución, fueron descuartizados y sus cuartos colgados en los lugares del delito. En el puente sobre el río Tozo, en las proximidades de Trujillo y situado en el Camino Real, se exponen en repetidas ocasiones para escarmiento de facinerosos. Sin embargo, las disposiciones reales no impiden que siga habiendo en Extremadura gitanos, «malechores y contrabandistas» cuando Borrow recorre la provincia.

Todo nos hace suponer que a la segunda de las actividades se dedican principalmente miembros de las comunidades residentes en Mérida y en Badajoz, trasluciéndose una cierta connivencia con las autoridades de ambas poblaciones. El propio don George es presentado a un alguacil emeritense como un gitano matutero y aquél reacciona pidiéndole un poco del tabaco que haya traído. La familia gitana que conocemos en esta ciudad mantiene unas excelentes relaciones con los *Busné* principales, relaciones nacidas del beneficio del contrabando y de las artes ocultas

que practica la *gitana vieja*, entre las que sobresalen la confección de filtros amorosos que a buen seguro favorecen a las personas más influyentes y poderosas. No hay que olvidar que esa vieja es el arquetipo de la celestina del *Errate*.

Conforme nos alejamos de la frontera portuguesa se observa que el contrabando como *modus vivendi* de la comunidad gitana es suplantado por la figura del saltador. Ello no impide que también los gitanos sedentarios se inscriban en el bandolerismo y que puedan alardear de «proezas» sin tino y mostrar su talante violento. Los *Calés* que Borrow conoce lucen un *curriculum* de robos, de muertes y de envenenamientos, así como un deseo de aniquilación de los payos. En la existencia del *Busné* encuentra el gitano la razón de bandolerismo: «... hay demasiados *Busné*, hermano; si no hubiere *Busné*, no habría ni robos ni muertes. Los *Caloré* no se roban ni se matan unos a otros; los *Busné*, sí; ni son crueles con los animales, porque su ley se lo prohíbe. Un día, siendo yo chico, pegué a una burra, pero mi padre me sujetó la mano y, reprendiéndome, me dijo: «¡No hagas daño a ese animal, porque dentro de él está el alma de tu propia hermana!» Curiosa creencia gitana en la transmigration, que en este caso sirve para contraponer la maldad de los «españoles» a su bondad innata que le impide atracar a los de su misma etnia.

Los problemas políticos y sociales que se viven en la Península en la primera mitad del siglo XIX juegan un importante papel en el aumento de las partidas de facinerosos gitanos en Extremadura, llevando más inseguridad a una tierra ya de por sí insegura. Así lo explica Madoz: «Contribuye también a hacer la desgracia de este territorio un crecido número de estas familias errantes, conocidas con el nombre de gitanos o mulatos, cuyo poco acomodado género de vida a la seguridad personal y de la propiedad, cuyas costumbres poco escrupulosas, mantienen en jaque continuamente a los encargados de la seguridad pública. No es natural del país esta clase de gente; unos se han aclimatado allí huyendo de la vindicta pública que en otras naciones o pueblos les amenazaba, y los demás hallaron comodidad en las asperezas de los bosques, en las quebradas y barrancos de las montañas, para practicar más impunemente que en otros territorios los actos de su vida airada.» Y así se expresa ante *don Jorgito* una voz gitana: «Los *Calés* abandonan ya las ciudades y aldeas y se echan al campo en cuadrillas para saquear a los *Busné*; no hay ley ninguna en estas tierras, y ahora o nunca es la ocasión de que los *Caloré* vuelvan a ser lo que fueron en tiempos pasados.» Coincidencia total con la opinión que a un «español» merece este hecho: «Parece que la *canaille* gitana trata de aprovechar los disturbios de estos tiempos y se ha constituido en facción. Dicen que a esta cuadrilla van a juntársele muchos de

sus hermanos de raza, y lo creo, porque todos los gitanos son ladrones.»

¿Dónde actúan los facinerosos gitanos de los que tiene noticia Borrow? El inglés camina desde Badajoz hasta Oropesa, ya en la provincia de Toledo, siguiendo el Camino Real, después llamado Carretera de Extremadura. Aunque no precisa el recorrido con detalle, hemos de suponer que éste fue como sigue: Badajoz, Talavera la Real, Lobón, Mérida, San Pedro, Venta de la Guía, Miajadas, Villamesías, Puerto de Santa Cruz, Trujillo, Casa del Carrascal (despoblado), Jaraicejo, Casas del Puerto de Miravete, Espadañal (dehesa) y Navalmoral de la Mata. Suman un total aproximado de treinta y seis leguas. Hasta Trujillo el viaje se hace sin contratiempos, a pesar de que se cruza por sitios famosos por la frecuencia de malhechores, como son las proximidades del río Búrdalos, entre Villamesías y Miajadas. Es a partir de aquella población cuando se detecta el movimiento. En el despoblado de Casa del Carrascal comparte cena y cobijo al aire libre con una cuadrilla familiar, a la que se une su amigo Antonio, dispuesta a liberar de la cárcel a unos elementos de la comunidad. La aventura termina trágicamente.

Los montes del T'ozo, especialmente en las cercanías del río de este nombre y en las del Almonte, así como el *despoblado* y las estribaciones de la Sierra de Miravete, más allá de Jaraicejo, son buenas guaridas para saltadores. Contaba Francisco Pérez Boyer, allá por 1782, que en estos lugares fue detenida una partida de ladrones, y tres de los facinerosos acabaron en la horca. No serían los primeros ni los últimos. Un hermano de Antonio López, el inseparable del inglés, detenido por estos parajes, había muerto de la misma forma diecisiete años antes del encuentro con Borrow. Un Eusebio López Carrillo aparece en la lista de los ejecutados en la horca en el año 1817. ¿Se trataría de la misma persona? A partir de 1832 este tipo de muerte se refina, y la horca cede su puesto al garrote, al que también hace alusión Antonio, y no precisamente por aquello de no nombrar la soga en la casa del ahorcado.

En el bandolerismo gitano el componente femenino es significativo. *La Biblia en España* nos presenta a las *callees* la más de las veces como instigadoras de robos, atracos y muertes. Pero no faltan las ocasiones en que aparecen en los lugares de riesgo y toman parte en las acciones de los grupos facinerosos. Amparada en su condición femenina, no siempre tan sospechosa, nos encontramos a la mujer gitana haciendo de emisario entre las distintas cuadrillas que se mueven a lo largo del Camino Real y entre aquellas y los gitanos más o menos sedentarios, pero que en cualquier momento pueden unírseles. No envidian en nada estas *Callees* a aquella Francisca Arias «la Negra» ni a su otra émula Manuela Fernández «la Man-

da», que, al frente de dos cuadrillas, mantuvieron en jaque a Extremadura.

Borrow nos da a conocer a algunos gitanos, los menos, que después de su militancia en el bandolerismo vuelven a la *quietud* del hogar. Otros acabarán muriendo en el lugar de sus fechorías, pudriéndose en las lóbregas cárceles o cerrando los ojos a los pies del verdugo. Temen los gitanos la *estaripet* (cárcel), especialmente la de Trujillo, demasiado conocida por los del *Errate*. Y no es para menos. Madoz, a pesar de calificarla como «bastante segura, pero malsana», no dice nada si lo comparamos con los informes oficiales de la época, en los que se habla de hacinamiento, falta de luz y de ventilación, malos olores, enfermedades y contagios, poca comida y menos agua, frío, humedad... y, lo que es peor, todo tipo de vejaciones. En tal situación muchos presos anhelan la muerte.

La tropa constituye la fuerza de choque contra los facinerosos, pero los avatares de la guerra carlista han reducido la vigilancia del Camino Real. Así, en Jaraicejo, paso obligado de la ruta, sólo encontramos a un Guardia Nacional, aunque capaz de proporcionar escolta a los solitarios viajeros. Lógicamente ahora más que nunca han de ser los caminantes los que se enfrenten a los posibles atracadores, para lo que reciben carta blanca. En este sentido escuchará el *Caloró de Londres* una recomendación del timorato *señor nacional*: «Los caminos están muy poco seguros y han ocurrido, no hace mucho, varios accidentes y más de dos muertes en las cercanías. El *despoblado* tiene malísima fama; vaya usted prevenido, *Caballero*. Siento que el gitano ese haya podido escapar; si se le encuentra usted, al menor gesto sospechoso péguele un tiro o atraviésele sin vacilar.»

Hasta aquí todo y cuanto ahora podemos decir de los gitanos que George Borrow, el *don Jorgito* el in-

glés de sus días madrileños, encuentra a su paso por Extremadura. Son gitanos a los que él, en vez de admirar, trata de comprender y con los que en algunos instantes se identifica. Quizás por ello, aquí más que en ninguna otra parte del libro, encajan aquellas palabras que hace lustros vertiera Manuel Azaña en el prólogo de esta obra que nos ocupa y que nos ha servido de guía: «Los paisajes, los lugares, las figuras, están notados con puntualidad; es excelente en la inteligencia de las costumbres, y no hay en el libro caricatura ni falsificación de sentimientos.»

BIBLIOGRAFIA

- Borrow, George: *La Biblia en España*. Madrid, 1983. Prólogo, traducción y notas de Manuel Azaña.
- Borrow, George: *Los Zincali. Los gitanos de España*. Madrid, 1979.
- Covarrubias, Sebastián de: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. (1611). Edición de Martín de Riquer, Barcelona, 1943.
- Chamorro, Víctor: *Historia de Extremadura*, III. Madrid, 1981.
- Domínguez Moreno, José María: "George Borrow y los gitanos extremeños", en *Revista de Guadalupe*, 665 (1983); págs. 189-191.
- Fuente Ballesteros, Ricardo: "Los gitanos en la tonadilla escénica", en *Revista de Folklore*, III (1984), págs. 122-126.
- Gómez Alfaro, Antonio: "Sobre la historia de los gitanos de Extremadura", en *XII Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo, 1983 (publicada síntesis).
- Madoz, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1845-1850.
- Ortiz Armengol, Pedro: "George Borrow", en *Historia 16*, 68 (1981); págs. 101-107.
- Rodríguez Sánchez, Angel: *Morir en Extremadura*. Cáceres, 1980.
- Sánchez Dragó, Fernando: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, II. Barcelona, 1982.



La práctica de algunos juegos tradicionales en Castroverde de Campos

Sarvelio Villar Herrero y Félix Pablo Fernández Alcalá

Este pueblo de la Tierra de Campos occidental, perteneciente a la provincia de Zamora, presenta las características de los pueblos de Tierra de Campos en su paisaje, construcciones y cultivos de secano.

En él, los juegos tradicionales poco a poco han ido perdiéndose en el olvido, y sólo alguno de ellos ha sobrevivido, como es el caso del juego de la Chana, al paso del tiempo y al cambio en los modos de diversión. Este cambio ha supuesto que, dentro del ciclo festivo de la localidad, los ratos de ocio y esparcimiento hayan sufrido un cambio profundo. Estos juegos han dado paso a deportes de moda, fútbol sobre todo. Ante este hecho, la práctica de la mayoría de los juegos tradicionales se ha perdido y apenas los más mayores del pueblo recuerdan con exactitud las reglas que los regían.

De los dos juegos que se recuerdan con más claridad las normas, son los de la Chana y la Pelota, debido, sin duda, a que han sido los más practicados; en cambio, los otros, cuya práctica se limita a una época más concreta dentro del ciclo festivo y agrario, apenas si se recuerdan.

La práctica de estos juegos tradicionales presenta una serie de características:

— Excepto una modalidad del juego de Bolos, jugada por mujeres, el resto eran practicados por los hombres.

— El período de su práctica está enmarcado dentro del ciclo agrario y del ciclo festivo de la localidad.

— Sus normas son muy simples y poco rígidas, adaptándose a las circunstancias de quienes los jugaban.

— En todos ellos, a veces, se jugaba o apostaba algo, además de la honrilla.

A lo largo de este trabajo vamos a exponer una serie de juegos, de los que solamente se sigue jugando el de la Chana, que pueden suponer una diversidad respecto al mismo juego, que en otros lugares se conoce con otro nombre, pero cuyas reglas y desarrollo son

muy parecidos. Todos ellos los hemos publicado en la revista local «Apuntes» en torno a Castroverde de Campos, que edita la Asociación Cultural «Castrum-Viride» (1).

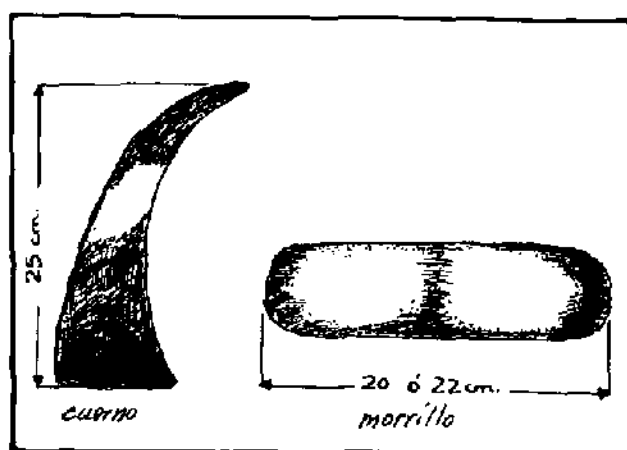
EL JUEGO DE LA CHANA

Dentro de los juegos de lanzamiento, destaca como el más popular el de la Chana o Calva. Estos juegos tienen cierta conexión con los ejercicios practicados por celtas, egipcios y romanos (2).

El origen de la Chana hay que buscarlo en los juegos de los pastores, que utilizaban como calva un cuerno de buey o cabra (3). Precisamente es el cuerno de buey lo que hace de calva aquí, en Castroverde. La práctica de este juego se documenta ya en la Edad Media, y eran precisamente los pastores trashumantes quienes lo jugaban (4).

ELEMENTOS DEL JUEGO

Sobre un campo rectangular se colocan dos cuernos de vaca o buey, que cuanto más viejos más resistencia ofrecen a los golpes del «morrillo». Estos cuernos necesitan una preparación previa: una vez serrada la base para facilitar su estabilidad, se saca el «hijo» (5), se mete una cuña de madera y se le clava una punta cruzada en la base.



Elementos para el juego de la Chana

Los cuernos tienen una altura de unos 25 centímetros. Los había más pequeños para dificultar el juego.

Los *morrillos* suelen ser de piedra, generalmente del Raso de Villalpando (6), que eran «picados» (7) por los propios jugadores en el pueblo. La longitud del «morrillo» es de 20 a 22 cm., y el peso, entre 1,700 y 1,800 Kg. Tanto en peso como en longitud, se adaptan a las características físicas del jugador. Cada contendiente tenía su propio «morrillo». También los había de madera con dos aros en los extremos, pero eran los menos.

Los *equipos* que se enfrentaban eran, generalmente, dos de *tres jugadores* por bando. Hay dos *jueces-árbitro* o «calveros» (8), que son quienes deciden si la calva es buena o no, al tiempo que colocan el cuerno en su lugar cuando se ha derribado. Finalmente, hay una tercera persona que lleva el tanteo mediante rayas que se marcan en un cartón o en el suelo. En las partidas de entretenimiento estas funciones las asumen los propios jugadores.

NORMAS Y DESARROLLO DEL JUEGO

Una vez delimitado el campo de juego, las calvas se sitúan a una distancia de 42 pies y medio.

El tanto o calva se considera válido cuando el jugador que lanza no sobrepase la línea de lanzamiento y el «morrillo» impacte limpiamente sobre el cuerno sin haber tocado el suelo. Cuando la calva era dudosa, no era tanto.

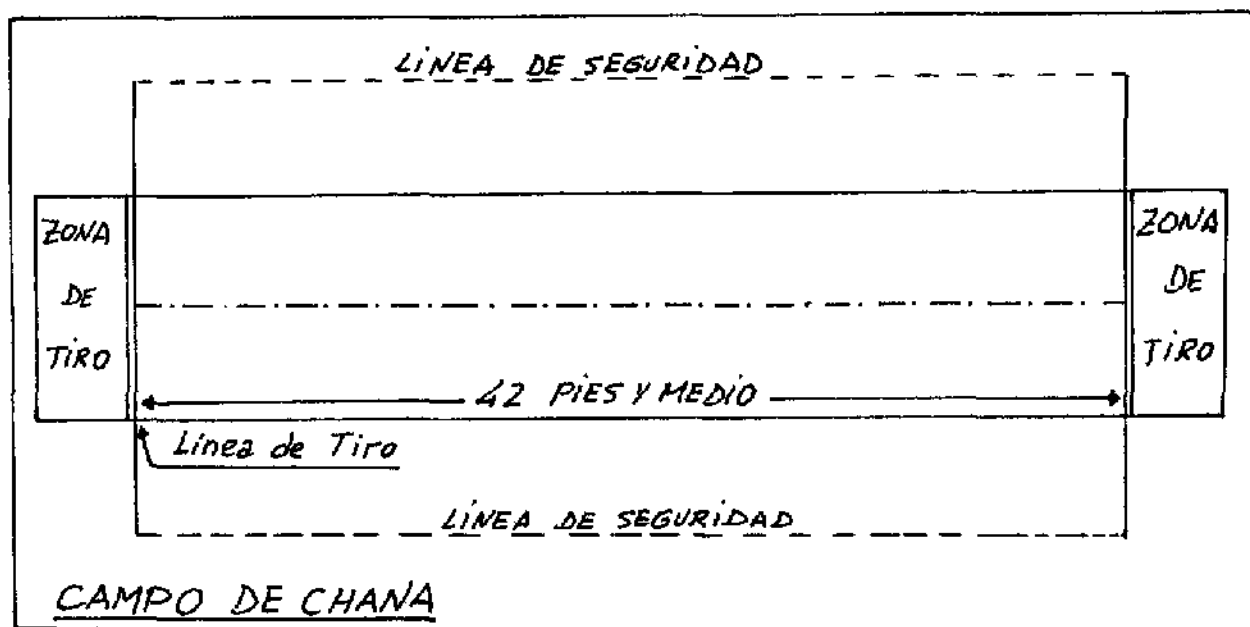
El «morrillo» se lanza en horizontal. Hay casos en los que «de cara a la galería» o como «exhibición» se lanzaba en vertical.

Cada partida se jugaba a dos tandas de 40 calvas; si se empataba en el tanteo, se alargaba a 10 más. En el caso de que cada equipo ganase una partida, se jugaba «la buena» para decidir quién ganaba el juego.

La manera de decidir cuál de los dos equipos comenzaba lanzando, «tener la mano», era mediante el lanzamiento alternativo de los jugadores de los dos equipos, o un jugador por cada equipo, y el primero que erraba el lanzamiento «perdía la mano».

Una vez decidida la suerte de comenzar a lanzar, lo hacía el primer jugador del equipo que había ganado «la mano», para continuar alternativamente el resto de los jugadores. A lo largo de la partida el otro equipo podía «ganar la mano» si se ponía por delante, en el tanteo, del equipo que la tenía al comienzo. Si al final de la partida existía empate, habiendo completado los lanzamientos ambos equipos, se alargaba; o era un jugador por cada equipo quienes, «mano a mano», decidían el equipo vencedor.

Los partidos se formaban entre un grupo de amigos que se reunían habitualmente para practicarlo. Cada cuadrilla la formaban más de seis jugadores, lo que permitía que se jugasen varias partidas a la vez. Estas cuadrillas, a veces, se retaban unas a otras. El lugar don-



de practicaban el juego era al lado de las bodegas en la compañía de la jarra de vino.

Además de los habituales enfrentamientos entre cuadrillas, la competición se ampliaba a los pueblos vecinos. En estos casos eran elegidos los mejores jugadores de la localidad. Aquí sí se jugaban la honrilla. Era muy importante ser el mejor pueblo del entorno en el juego de la Chana. En estas partidas los fallos en los lanzamientos eran mínimos. Si llegaba el caso, se cruzaban apuestas entre los jugadores y los espectadores.

Al juego acompañaban expresiones tales como: «¡Buena val!» O cuando el jugador que lanzaba estaba seguro de que daba calva, hostigaba al contrario con: «¡Mira a ver!» Los fallos se denominaban: *viesa, corta, dudosa, larga, ladera*. Estas palabras utilizaban los jueces para cantar el lanzamiento.

La práctica del juego requería que hiciese buen tiempo. Se comenzaba hacia abril y se alargaba hasta el inicio de las labores del verano. Era el domingo el día del juego, pero también las fiestas de los meses de verano: San Pedro, Ascensión, Corpus, Santiago, Nuestra Señora. Eran los momentos del auge del juego. Pasado el verano su práctica decaía, y solamente, si las condiciones meteorológicas lo permitían, se podía jugar en algún domingo o fiesta del otoño.

EL JUEGO DE LOS BOLOS

Es éste un juego que practicaban en exclusividad las mujeres. El día señalado era el jueves, y de una forma menos habitual, los sábados y domingos.

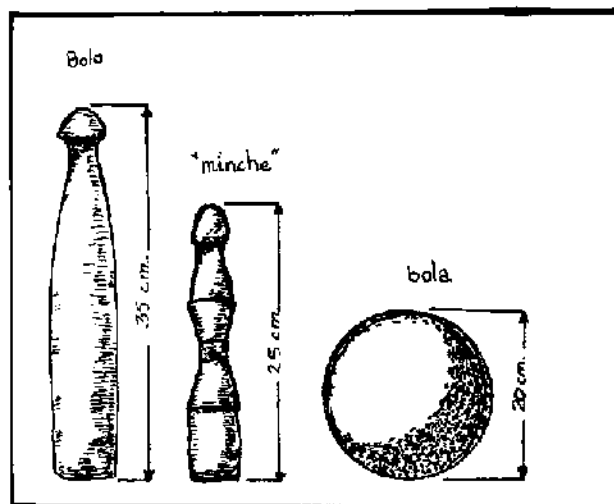
El período de su práctica iba desde San Antón hasta el Miércoles de Ceniza, siempre contando con que las condiciones ambientales lo permitiesen. El final de este entretenimiento lo marcaba el «entierro de la sardina». Estos días de Carnaval eran los más propicios para practicarlo.

ELEMENTOS DEL JUEGO

En el lugar elegido para su práctica, cualquier solana de las plazuelas del pueblo, se colocaban 9 *bolos*, cuyas dimensiones oscilaban entre los 30 y 35 cms. de alto. Había un *décimo bolo*, el «minche», de dimensiones más pequeñas, 25 cms., que se colocaba a cierta distancia del resto de los bolos.

Para derribarlos se utilizaban 4 *bolos de madera*, generalmente de encina, cuyo peso se aproximaba al kilogramo, y de un diámetro entre 20 y 25 cms.

Los *dos equipos* que se enfrentaban no tenían número fijo de jugadores; las circunstancias hacían que el número variara, pero lo más habitual era que ambos equipos los constituyesen cuatro jugadores por bando.



Elementos para el juego de Bolos

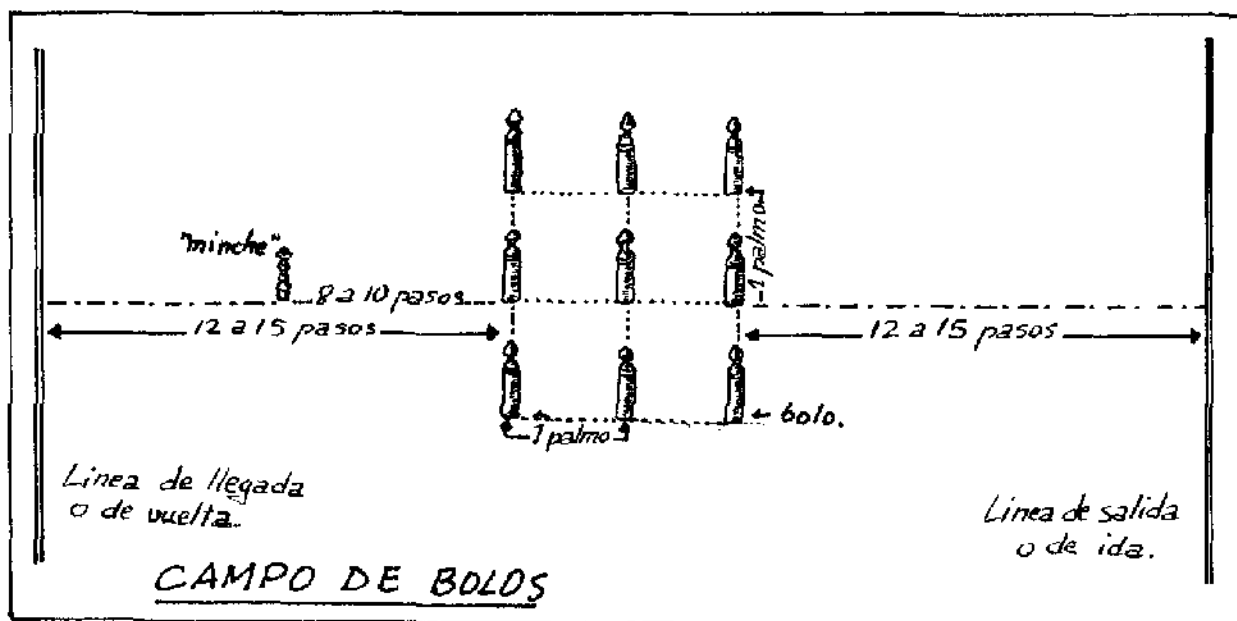
NORMAS Y DESARROLLO DEL JUEGO

No he podido recoger información muy contrastada de las dimensiones del campo de juego. De un modo general, se comenzaba haciendo un cuadrado en el suelo con el «minche», se marcaban las líneas para la colocación de los nueve bolos. La distancia entre ellos era de una cuarta, y la colocación, en tres hileras de tres bolos cada una. El «minche» se situaba a 8 ó 10 pasos de los bolos.

Se marcaban dos líneas de lanzamiento: la de *salida* y la de *vuelta*, a unas distancia de los bolos de 12 a 15 pasos. Esta distancia era acordada por los equipos contendientes.

El lanzamiento de la bola era rodando por el suelo y con una sola mano.

Una vez sorteado cuál era el equipo que comenzaba, las jugadoras de ambos equipos se alternaban en los lanzamientos. Cada bolo derribado valía un punto, pero si se conseguía derribar el «minche», su valor era de diez puntos. Efectuado el lanzamiento, se colocaban nuevamente los bolos en su lugar, si había sido derribado alguno, para que lanzase la siguiente jugadora.



Una vez que todas las jugadoras habían lanzado desde la línea de salida, se tiraba desde la línea de vuelta. En este caso se retiraba el «minche», que ahora estaba el primero en la línea de lanzamiento, y se tiraba solamente a los bolos.

Dos eran las partidas a 40 ó 50 tantos, que constituían el tanteo del juego. En el caso de que cada equipo consiguiese ganar una partida, se jugaba la del desempate, la «buena».

A lo largo del juego se podían dar dos situaciones:

—«Birlar», cuando no se conseguía derribar ningún bolo.

—«Hacer cinco»: consistía en derribar algún bolo, pero la bola lanzada no sobrepasaba la posición del «minche». No se contabilizaba ningún punto y la jugadora que lo hacía era perseguida por otra con el «minche», siendo objeto de alguna broma pesada, por no haber lanzado con fuerza suficiente, al tiempo que era jaleada por el resto de jugadoras.

Esta diversión rompía el ritmo rutinario de los quehaceres domésticos. La tarde de los jueves, el juego de los bolos era el momento de distracción y ocio que reunía a las vecinas, donde los chascarrillos, las «noticias» más pintorescas y chocantes que sucedían en la comunidad rural se comentaban y se prestaban a «chanza». No eran ajenos a los más agudos y punzantes versos los forasteros de los pueblos vecinos, que por casualidad pasaban por los lu-

gares donde se practicaba el juego, cuando iban a la farmacia, al molino o al «Tren Burra» (9).

Estos ratos de convivencia no estaban ajenos a algún sobresalto cuando los mozos se acercaban y cogían algún bolo. Ello suponía carreras y toda una serie de gritos e improperios de todos los gustos hacia el descarado y atrevido agresor.

EL JUEGO DE LA PELOTA

El juego de la pelota en frontón abierto es quizá el juego tradicional del que más afición ha habido en Castroverde.

Desde la edad escolar los chavales hacían un improvisado frontón en cualquier pared, siendo sus preferidas las de las iglesias, aun con el riesgo de recibir alguna regañina del señor cura.

Este juego se practicaba durante todo el año, a excepción del verano. El calor excesivo y las faenas agrícolas no lo permitían. Siempre que las condiciones meteorológicas no eran adversas el «juego de pelota» se veía concurrido por los mozos del pueblo jugando sus partidos.

ELEMENTOS DEL JUEGO

La pelota era de fabricación casera: primero se hacía un ovillo de goma de neumático,

por lo general de bicicleta o de tripa de algún animal doméstico, procurando que estuviese bien apretado. Seguidamente se añadía hilo de algodón de alguna prenda en desuso. A continuación se ataba con hilo fuerte o bramante. El final del proceso era el forrado de la pelota con badana o piel curtida de gato. Se forraba de una sola pieza, a «bizcocho». Mojándose con agua, a fin de que estuviese flexible el cuero, se iba cosiendo con cáñamo del número 10 a «punto de pelota». Su peso se aproximaba a unos 90 ó 100 gramos.

El *frontón* es de una sola pared. Las dimensiones son: de ancho, unos 11,50 metros; de altura, se acerca a los 10 metros, y la raya de falta se encuentra a 80 cms. del suelo.

En la superficie donde se desarrolla el juego se distinguen las siguientes líneas: *línea de saque* y *línea de fondo*; entre ambas ha de botar la pelota cuando se saca. Las *líneas laterales*, que delimitan el terreno de juego, van tomando desde su inicio una abertura progresiva para al terminar el campo de juego tener una amplitud desde el punto de partida de unos 1,50 m.

Los *jugadores*: Suelen enfrentarse dos equipos de tres jugadores. Se sitúan uno en el medio, otro a la izquierda y otro a la derecha. El jugador que generalmente efectúa el saque suele ser el de la derecha.

NORMAS Y DESARROLLO

Para decidir cuál de los dos equipos comenzaba a sacar, se echaba a cara o lis. La pelota siempre debía dar por encima de la raya de falta. Se conseguía tanto cuando el equipo que tenía el saque lo ganaba; si era el equipo contrario quien lo ganaba, recuperaba el saque; pero aún no conseguía tanto, es decir, había que haber sacado para poder conseguir tanto.

El saque era válido cuando la pelota botaba dentro del cuadrilátero que delimitaban las dos líneas horizontales de saque y fondo y las dos laterales.

Los partidos se jugaban a dos mangas de 20 tantos. Si se empataba a 19, se alargaba 10 tantos más. En el caso de que cada equipo ganase una manga, se jugaba una tercera partida de desempate. Debido a las condiciones que tenían que concurrir para conseguir tanto, los partidos se alargaban mucho.

Entre los modos de golpear la pelota estaba el «sobaquillo»; si se devolvía la pelota sin dejar que botase se denominaba «bate».

El frontón necesitaba un espacio libre a los lados de las líneas laterales, ya que solían cruzarse las pelotas de izquierda a derecha, y viceversa.

Los domingos y festivos, a la salida de misa o después de comer, el «juego de pelota» se veía concurrido por las cuadrillas de mozos practicando su juego favorito. Las apuestas, el litro de vino y el kilo de escabeche, que después tomarían en la taberna del «Corcho», hacían que los partidos fuesen más reñidos.

Lo mismo que en el juego de la Chana, también se celebraban enfrentamientos entre los pueblos del contorno. Entonces eran los mejores jugadores de la localidad quienes debían defender el pabellón local, máxime si el partido se celebraba en casa. Estos enfrentamientos solían ser con Bolaños de Campos, Barcial de la Loma y Villanueva del Campo. La honrilla de ser el mejor suponía un esfuerzo que podía llegar hasta el agotamiento.

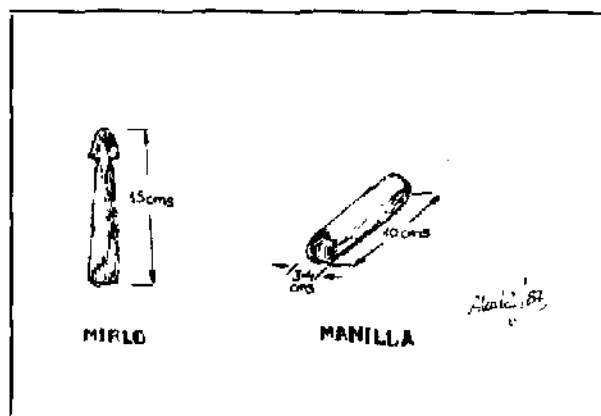
EL JUEGO DE LOS MIRLOS

El nombre que recibe este juego tradicional en Castroverde es el de «mirlos». Quizás se haya cambiado a lo largo del tiempo, pues como se conoce a los bolos es por la denominación de «birlos», pero ya que se ha conservado así, tomaremos tal denominación.

Este juego es la versión masculina del juego de los bolos, pues, como ya se ha dicho, solamente jugaban en este lugar a los bolos las mujeres.

ELEMENTOS DEL JUEGO

Por un lado, seis «mirlos» o bolos, de madera de haya generalmente, de 15 cms. de al-



Elementos para el juego de los mirlos

tura y 3 cms. de diámetro. Por otro lado, tres «manillas» o cilindros, también de madera de haya, de tamaño un poco menor al de los bolos, de 10 a 12 cms. y 3 ó 4 cms. de diámetro.

No había un número determinado de jugadores; por tanto, no existía limitación de ningún tipo. Normalmente las partidas eran de 4 ó 5 jugadores.

NORMAS Y DESARROLLO DEL JUEGO

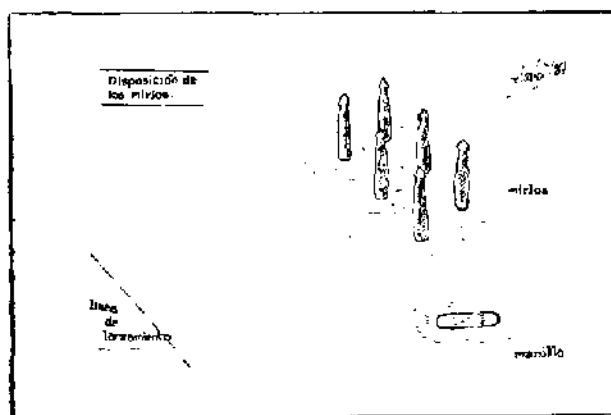
El juego comenzaba con la delimitación del lugar en que debían colocarse los «mirlos». Así, con la punta de cualquier bolo o «mirlo» se hacía un rectángulo trazando una raya que divudiese dicho rectángulo en dos cuadrados iguales. En los vértices se colocaban los bolos, quedando dos filas de tres «mirlos» cada una, paralelas a la línea de lanzamientos.

La separación entre los «mirlos» debía ser tal que pasara justamente la manilla entre ellos.

La distancia que debía mediar entre la línea de lanzamiento y la primera línea de bolos era de cinco pasos, aproximadamente.

Una vez acordado por los jugadores quién de ellos comenzaba a lanzar, empezaba el desarrollo del juego. El jugador debía tirar la «manilla» desde la línea de lanzamiento sobre los «mirlos», pues, como en la chana, eran invalidados los derribos que se hacían si antes la «manilla» había tocado el suelo.

El jugador disponía de tres «manillas», y, por tanto, de tres oportunidades de derribar los «mirlos»; pero lo más destacable de este juego, no se debían derribar todos los «mirlos», sino solamente cinco, dejando uno en pie. Si se derribaban los seis «mirlos», se perdía la partida.



Había una jugada de especial dificultad. Era cuando quedaban dos bolos, uno detrás de otro, y una sola «manilla»; si se derribaban los dos, se perdía, por lo que el jugador lanzaba la «manilla», «de pico», al último de los bolos.

Este juego se practicaba cuando menos labores había que hacer en el campo, y el tiempo era favorable (abril-junio).

EL JUEGO DE LAS BROCHAS

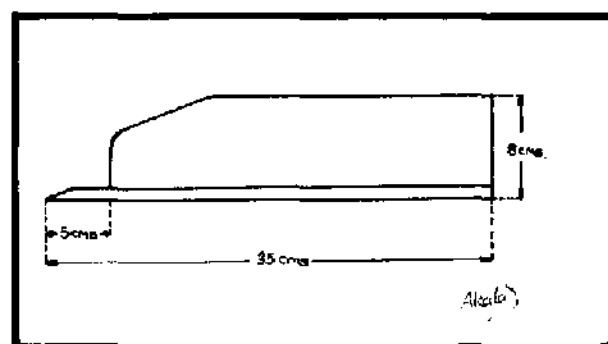
Es éste uno de los juegos tradicionales cuya práctica se perdió hace tiempo, tanto que solamente las personas de más edad lo recuerdan.

Este juego, al contrario que los anteriores, era básicamente de envite, pues consistía en una apuesta sobre un lance determinado, que en este caso era introducir la bola en un determinado agujero de los que componían las brochas.

No había una época determinada para su práctica, ya que dependiendo del tiempo que hiciera podía jugarse en cualquiera de las plazas, o si éste no acompañaba, se jugaba en un espacio cerrado, como podía ser algún bar o fonda del pueblo.

ELEMENTOS DEL JUEGO

Las brochas eran el instrumento fundamental del juego. Consistían en una estructura o plataforma de madera, que solía ser de chopo, pues se requería un material blando para que al caer la bola sobre ella no saliera rebotada. Las medidas de las brochas no eran uniformes, pero para hacerse una idea de su tamaño véase figura (estas medidas las hemos tomado de unas brochas). Las brochas tenían nueve agujeros, de los cuales cinco eran «per-



Alzado y medidas de las «brochas»

dederos» y cuatro «ganaderos», llamados así, pues, dependiendo de que la bola entrara en unos o en otros se perdía o ganaba el lance. Se disponían estos nueve agujeros en tres líneas paralelas y teniendo una disposición concreta los hoyos «ganaderos» y los «perdederos», como puede verse en la figura.

El otro elemento de este juego era la bola con la que había que lanzar. Esta bola era de plomo y del tamaño de una canica, que era a su vez el tamaño de los agujeros de las brochas. Solamente había una bola con la que todos los jugadores debían realizar sus lanzamientos.

No había un número determinado de jugadores, no siendo, sin embargo, muy amplio el número de los que lanzaban. Pero al ser éste un juego de convite, intervenían además de és-

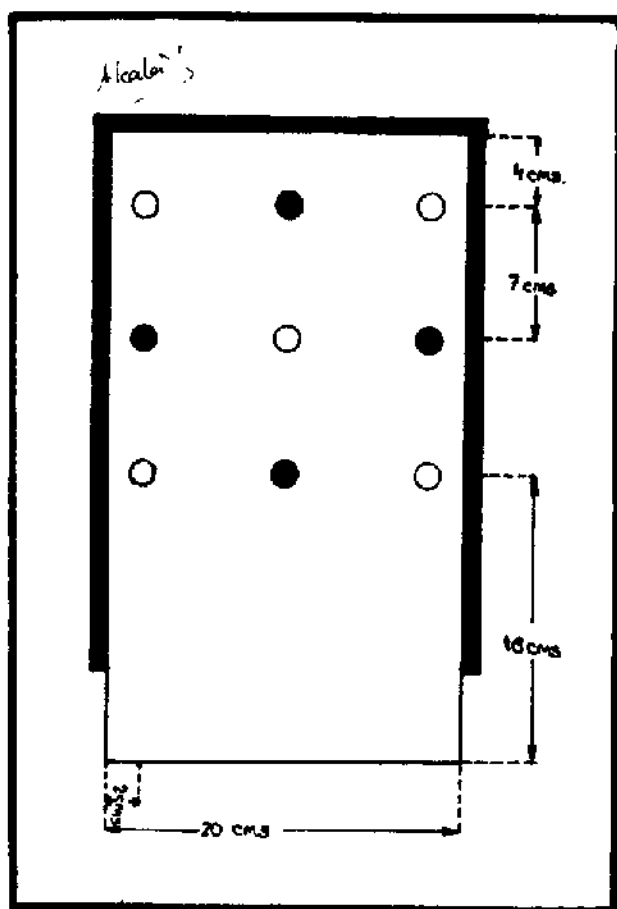
tos, que solían ser los más jóvenes por la posición incómoda en que se debían realizar los lanzamientos (en cuclillas o de rodillas), otros jugadores que cruzaban apuestas «por detrás» sobre uno u otro jugador de los que intervenían en el juego.

NORMAS Y DESARROLLO DEL JUEGO

La colocación de las brochas se hacía sobre una cuña de tierra cuando se jugaba en el exterior, o sobre un taco de madera, caso de que se jugara en un espacio cerrado, ya que era necesaria una pequeña inclinación para que la bola rodara y se introdujera en uno de los nueve agujeros que componían las brochas.

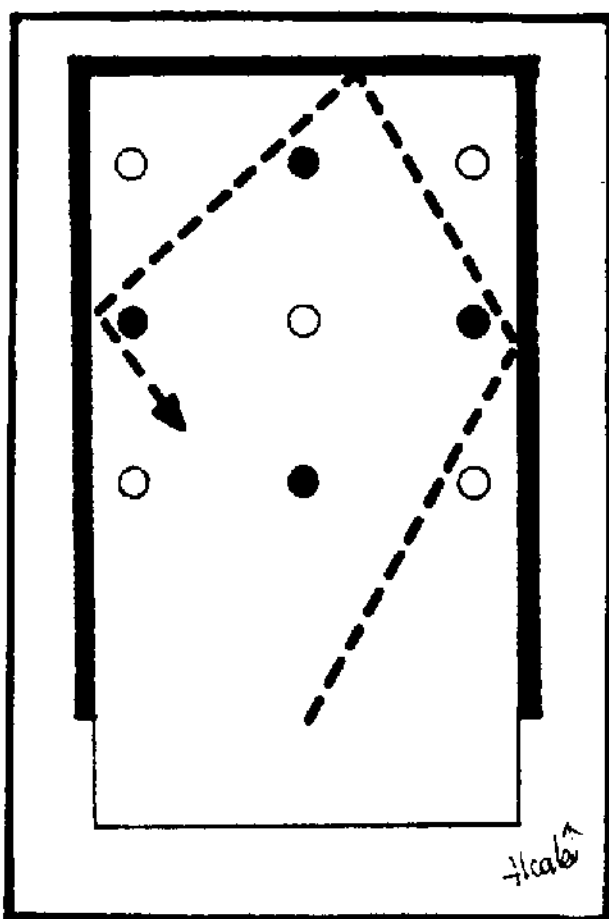
Una vez decidido qué jugador era el que comenzaba a lanzar, éste se situaba a una distancia aproximada de dos pasos, desde la línea de lanzamiento hasta las brochas.

Efectuado el lanzamiento, la bola de plomo debía caer necesariamente dentro de las brochas, si no era así, o daba dentro, pero salía



- "Ganaderos"
- "Perdederos"

Disposición de los hoyos ganaderos y perdederos en las «brochas»



Lance de «Tirar al recodo» en el juego de las Brochas»

rebotada o tras rodar por las brochas no se introducía en ninguno de los agujeros, se repetía el lanzamiento tantas veces como fuera necesario, hasta que entrara en uno de los hoyos.

El jugador que realizaba el lanzamiento debía ir necesariamente a ganar» debiendo introducir la bola en uno de los hoyos «ganaderos»; si lo hacía, podía seguir jugando, si no lo conseguía todo lo apostado en el envite lo perdía.

Había un lance que era realizado por casi todos los jugadores, se denominaba «tirar al

recoco» y consistía en lanzar sobre la banda derecha de las brochas, para que la bola fuese al fondo y rebotando en éste viniera por la banda izquierda, intentando que la bola se pasase por todos los hoyos «ganaderos».

Intervenía en este juego, además de los mencionados jugadores, el baratero» que era casi siempre quien ponía las brochas y el que realizaba la labor de devolver la bola de plomo para que se hicieran nuevos lanzamientos. Por estos menesteres cobraba el «barato», que consistía hace años en una «perra gorda» por cada tres lanzamientos.

(1) APUNTES en torno a Castroverde de Campos núms. 0, 1, 2, 3, 4.

(2) ANDRES MARTIN, Faustino: Juegos y Deportes Autóctonos. Ediciones Diputación de Salamanca. Salamanca, 1987.

(3) BLANCO, Carlos. Juegos Populares. Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular. Valladolid, 1986.

(4) GUTIERREZ MACIAS, Valeriano: La Calva, un juego medieval que se conserva en Galisteo. Revista de Folklore n.º 33. Edita: Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular. Valladolid, 1983.

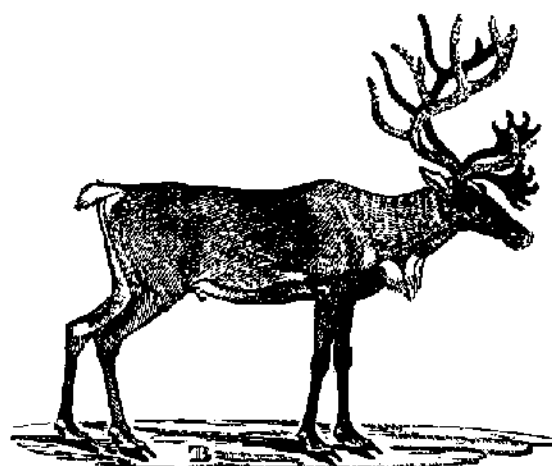
(5) "Hijo"; apéndice óseo del cuerno que reviste el asta.

(6) Zona de la Tierra de Campos Zamorana, que está atravesada por la Nacional VI y que se extiende hasta el límite de la provincia de Valladolid.

(7) "picados": trabajo de cantería que consiste en dar forma cilíndrica al "morrillo" utilizado en el juego de la Chana.

(8) GUTIERREZ MACIAS, Valeriano. "La Calva, un juego..."

(9) "Tren Burra": Tren de vía estrecha que hacía el recorrido desde Valladolid hasta Palanquinos (León) y que pasaba por las provincias de Valladolid, Zamora y León.



La matanza del cochino en Santisteban del Puerto

Juan Guerrero Olid

A cien kilómetros al nordeste de Jaén capital, muy cerca ya de Sierra Morena, se encuentra mi pueblo, Santisteban del Puerto, resguardado por cuatro cerros: Guarida, San Marcos, Castillo y Torrecilla. Estos cuatro guardianes le dejan una puerta abierta hacia una extensa vega.

A pesar del progreso y de todos los adelantos, la matanza del cerdo sigue constituyendo el gran acontecimiento gastronómico en la vida de muchas familias de Santisteban, que continúan practicando esta vieja tradición protagonizada por un animal que no tiene desperdicio.

Según José Carlos Capel, en Andalucía hay un hecho que singulariza todas las matanzas caseras: su carácter ruidoso, lúdico y escandalosamente festivo. El chascarrillo, la broma, el griterío, suele ser el ambiente en el que se desarrolla este rito anual alrededor del cual se congregan los vecinos y amigos.

De Anatolia López (una de las mondongueras) aprendí en 1981 estos romances:

LAS MENTIRAS

*Si quieres que te cuente las mentiras,
por el mar pasan las liebres, por el monte las*
[anguilas.

*Yo vi un anguilero que pesaba noventa libras.
Yo vi un molino andar con el aire de una bota.
Yo vi una casa rota con dos espartos, en*
[compañía de dos lagartos.

Yo fui por mi caminito adelante, muerto de hambre
[y merendado.

Me encontré con un peral que parecía un
[manzano;

me enredé a tirarle piedras, sale el amo del
[peral:

no tire usted más piedras que no es mío el
[melonar.

Sale una vieja dando voces: ¡que se quema mi
[casa! ¡que se quema mi casa!

*Unos acuden con platos, otros acuden con tazas,
y yo como buena vecina, acudí con mis tenazas.*

Los platos friegan y barren, las escobas en el
[vasal:

las cabras irán a misa y las mocitas al
[Chaparral.

BODA DE LA PULGA Y EL PIOJO

*La pulga y el piojo se quieren casar
y no hacen la boda por falta del pan.*

*Salta la hormiga desde su hormigal
dispón de la boda que yo llevo el pan.*

*Ya no es por el pan que ya lo tenemos
ahora falta el vino, ¿dónde lo hallaremos?*

*Salta el mosquito, como es tan endrino,
dispón de la boda que yo llevo el vino.*

*Ya no es por el vino que ya lo tenemos,
ahora falta la carne, ¿dónde la hallaremos?*

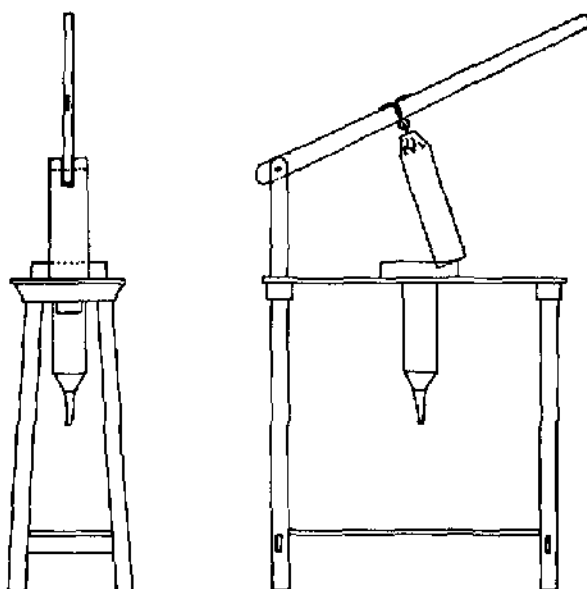
*Salta la zorra desde su cerro;
dispón de la boda que yo llevo el carnero.*

*Ya no es por la carne que ya la tenemos,
ahora falta el padrino, ¿dónde lo hallaremos?*

*Salta el ratón, como es tan ingrato,
yo soy el padrino si encierran el gato.*

*Estando bailando soltaron el gato
y el pobre padrino, el que pagó el plato.*

En estas fechas de frío (finales de noviembre y principios de diciembre), todo el pueblo huele a matanza. En el interior de las casas, el



MAQUINA DE EMBUTIR MORCILLAS



trajín de las mujeres y el olor de las especias, delatan los prolegómenos de la ceremonia.

La matanza es fundamentalmente una forma de proveer la despensa hogareña para ir consumiéndola durante el año venidero.

En algunos hogares se compra el cochino de destete (en marzo o abril) para proceder a su crianza y se le aloja en un habitáculo del corral. Este habitáculo es la zahurda. En otros hogares el marrano se compra en el momento de hacer la matanza.

En septiembre, y aprovechando los días frescos, y una vez que el cerdo alcanza los 50 ó 60 kilos de peso, hay que caparlo para que el engorde sea más efectivo. Así el cerdo puede conseguir un peso de 110 a 115 kilos.

Cuando pasan los Santos se compran las cebollas. Entre cien y ciento cincuenta kilos.

Dos o tres días antes de la matanza se compran los aliños: medio kilo de pimentón, medio kilo de pimienta molida, diez onzas de canela, veinte onzas de matalauva, dos onzas de clavo,

diez kilos de arroz, dos mazos y medio de tripas, dos kilos de sal fina, dos madejones de hilo para atar los embutidos, medio kilo de bicarbonato, un litro de vinagre, azafrán, dos nueces moscadas y carterillas.

La noche anterior a la matanza o el mismo día de madrugada se empieza a pelar las cebollas. Dicen las mujeres que poniéndose una cáscara de cebolla en lo alto de la cabeza, se evita que los ojos lloren. Una vez peladas se cortan en trozos y se ponen en una o varias calderas con agua para cocerlas y se tapan con una tela.

Son las ocho de la mañana y llega el «mataor» con sus arreos. Con un gancho en la mano se dirige a la zahurda donde espera el cochino sometido a un régimen de ayuno para procurar el vaciado de sus intestinos. Engancha al cerdo por debajo de la quijada y ayudado por otros hombres lo arrastran y colocan encima de una mesa rectangular sujetándole fuertemente las patas. La forma del gancho permite al mataor sujetárselo tras su pierna y no dejar que el cochino mueva la cabeza. Siempre hay algún chiquillo en medio que se encarga de coger el rabo del marrano. El cuchillo, bien afilado con la chaira, se clava en la yugular y el cerdo empieza a desangrar. Una de las mujeres recoge en un lebrillo, al que previamente se le ha echado un poco de sal, la sangre, que posteriormente no dejarán de mover para evitar los coágulos.

Se coloca al cochino en el suelo y con pucheros se le va echando agua hirviendo para poder pelarlo. El pelado se hace con una cuchara especial que tiene los bordes afilados y el mango es un gancho que sirve para quitar las pezuñas.

Cuando el marrano está bien pelado se le sacan los tendones de las patas traseras que es por donde se mete el «escamal» (un palo ligeramente curvo, labrado con una especie de escalones y más fino por los extremos) que ser-





virá para colgarlo cabeza abajo y poder abrirlo en canal. Los intestinos se recogen en una artesa y las asaduras se colocan aparte. Mediante una caña cortada por los extremos en doble bisel se deja al cochino abierto hasta la noche.

Mientras la cebolla cuece, la mondonguera y otra mujer limpian y lavan los intestinos y las tripas que se compraron. El lavado (que se hace en una artesa) consiste en repetir tres veces el «enjabono». El enjabono es una mezcla de agua caliente, vinagre, sal y bicarbonato que se echa a las tripas por dentro y por fuera. Por último se aclaran con agua. Los intestinos delgados son para los chorizos y los gruesos para los salchichones. Las tripas compradas (que son de ternera) se van cortando con una longitud igual a la anchura de la artesa. Se les ata una a una por una punta y se dejan metidas (con el hilo fuera) en una orza con agua y trozos de membrillo hasta que se hagan los embutidos.

Una vez que la cebolla está cocida se echa en canastas de mimbre para que escurra el

agua y a continuación molerla. Cuando está molida se mete en un saco de fibra vegetal que se ata y se cuelga hasta el día siguiente para que la cebolla seque.

Por la noche vuelve el «mataor» y mientras despieza el cochino se va cociendo el arroz. Para ello se pone una caldera al fuego con manteca de cerdo hasta que se derrita y a continuación se echa el agua y el arroz con laurel y especias. Cuando el «mataor» termina su faena se le invita a cerveza o vino y unas tapas. Se le paga su trabajo y se le despide hasta otro año.

La carne del despiece hay que dejarla limpia de manteca. Esta manteca habrá de molerse y también la carne que se utilice en el chorizo.

Al día siguiente se empieza a preparar el AJO. Se le llama ajo a la masa de las morcillas.

Se pican cebolletas, perejil y guindillas picantes.

Temprano se pone la caldera al fuego con diez kilos de manteca. Cuando está casi derretida se echa la cebolleta y cuando fríe se retira la caldera del fuego, se echan las guindillas picadas, perejil y cinco o seis cucharadas de pimienta molido. Dos mujeres son las encargadas de echar la cebolla molida y el arroz y otra de ir mezclándolo en la caldera. A esta masa se le hace un hoyo donde se va echando la sangre del cochino y al mismo tiempo se va moviendo toda la pasta.

Ahora la mondonguera comienza a echar los aliños y dice: «Empezaremos con la gracia de Dios». Y aclara: «ea, para que no se eche a perder». Al tiempo que dice esto va derramando tres o cuatro puñados de sal fina, formando una cruz sobre la masa que hay en la caldera. Sigue la mondonguera: «Ahora la pimienta.» Y echa cinco cucharadas de pimienta molida. De una





bolsa de papel saca y deja caer cuatro cucharadas de matalauva en polvo. Coge otro papel y echa dos cucharadas de canela. Como el clavo es una especia muy fuerte, dice la mondonguera que tiene bastante con poco y echa una cucharada corta. Otra de las mujeres va raspando media nuez moscada. Por último, se añaden unos ajos machacados con sal y un poco de orégano.

La caldera con la masa aliñada se vuelve a poner en la lumbre sobre unas trébedes y se empieza a mover con una pala de madera, sin parar para que no se pegue. Los hombres son los encargados de esta labor, tan pesada y molesta por la dureza de la masa y por el humo (lo sé por experiencia), que es imprescindible el relevo frecuente y continuo para poder aguantar las dos horas y media que dura esta faena.

Cuando el ajo lleva en la lumbre algo más de una hora, acude la mondonguera y echa un poco de cada una de las especias.

En tanto que el ajo cuece, las mujeres preparan la masa del chorizo, de la morcilla blanca y extremeña y la del salchichón.

A los que menean el ajo las mujeres les ofrecen cerveza o vino y unas tapas de masa de chorizo o morcilla blanca frita. La costumbre es echar una cucharada de esa masa frita y caliente en la palma de las manos y comérsela de ahí.

Cuando el ajo ha estado el tiempo suficiente en la lumbre, se aparta y se deja la caldera en el suelo sobre una estera o cimbel, aunque sin parar de mover, y se vuelve a echar un poco de aliños. Se deja reposar, tapándolo con un trapo. Para que el trapo no toque el ajo, sobre los bordes de la caldera se pone una caña. Un buen plato de ajo caliente y una cerveza fresca es el premio para los hombres que lo han movido.

A las vecinas y familiares más próximos se les lleva a la casa un plato de ajo para que lo

prueben. De este reparto se encargan los chiquillos y así consiguen alguna propina.

Por la tarde se empieza a embutir el ajo con una máquina especialmente diseñada para esta función. Dos mujeres, una de ellas sentada (la mondonguera), son las encargadas de realizar este embutido, y avisan a los chiquillos mirones para que no se metan las manos en los bolsillos, ya que esto acarrearía la rotura de las morcillas.

Conforme se embuten, las morcillas se van metiendo en una caldera con agua hirviendo, colgadas de una caña para que el pezón que resulta de atar la tripa encalezca.

Algo se ha perdido, y la mondonguera dicta una sentencia que según ella sirve para encontrarlo: «Diablo, diablo, las pelotas te las ato; si no aparece (lo que se ha perdido), no te las desato.

Las morcillas se sacan de la caldera y se colocan en mesas para que se oreen un poco antes de colgarlas de las cañas que hay suspendidas del techo. Es muy importante que las morcillas colgadas no se toquen, para evitar que se enflozcan. Si al final han quedado algunas en contacto, se les separa con un papel de estraza. Las morcillas que no se consumen inmediatamente y que se empiezan a poner duras, se echan en aceite para ir las consumiendo durante todo el año.

Al día siguiente se salan los jamones. Son necesarios 50 ó 60 kilos de sal gorda y un cajón de madera. Dentro de este cajón se van colocando los jamones, espaldillas y tocino, separando cada una de las piezas con bastante sal y procurando que no se toquen. El cajón se tapa y así debe estar treinta días, transcurridos los cuales se saca lo que había dentro y se cuelga en las cámaras de las casas.

A continuación doy la receta de los demás productos que en Santisteban se obtienen del cerdo:

AJOPUERCO.—(Es una especie de foie-gras).
Ingredientes: Hígado del cochino, pan rallado, cebolla, perejil, pimentón, pimienta, matalauva, canela, clavo, azafrán, almendras molidas y sal.

Preparación: Se cuece el hígado y se muele. Se deshace con agua caliente y se hace una mezcla con el pan rallado. Se tuesta aceite con cebolla y perejil. La mezcla se pone en la sartén con todas las especias y cuece diez o quince minutos. Se sirve caliente.

MORCILLA BLANCA.—Ingredientes: Carne

de lomo y de pollo, un poco de jamón añejo, huevos, pan rallado, perejil, ajos machacados, azafrán machacado y sal.

Preparación: Se muele la carne y se hace una masa con todos los aliños en un lebrillo. Esta masa se embute, y las morcillas se cuecen durante diez minutos.

CHORIZO.—Ingredientes: Casi toda la carne del cochino es para el chorizo, pimientos secos, pimienta, pimentón, ajos, vino y sal.

Preparación: Se muele la carne y los pimientos, que previamente se han cocido, y se hace una masa con todos los aliños en un lebrillo. Esta masa se embute y se va atando la tripa, formando las «tajadas».

MORCILLA EXTREMEÑA.—Ingredientes: Carne de la cabeza del cerdo, lengua, corazón, cebolla, sangre, clavo, ajos, perejil, pimienta y sal.

Preparación: Con la carne molida y el arroz

cocido se hace una masa, añadiéndole los aliños en un lebrillo. Se embute y se cuecen las morcillas.

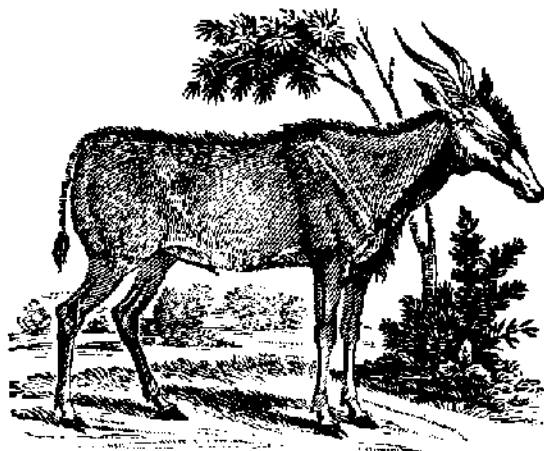
SALCHICHON. — Ingredientes : Carne de las cabezadas de los lomos, pimienta en grano, pimienta molida y sal.

Preparación: Se muele la carne y se hace una masa con los aliños. Se embute y se reboza con una mezcla de sal fina y pimienta molida.

ADOBO.—Ingredientes: Lomo, pimienta molida, matalauva, orégano, laurel, pimentón y sal. También se adoban costillas y tocino.

Preparación: En una orza se meten los lomos, las costillas y el tocino. La orza se llena de agua y se echan los ingredientes.

Transcurridos tres días se saca la carne y se deja escurrir durante una noche. Al otro día se fríe todo y se va metiendo en la orza con el mismo aceite de freír.



LA FIESTA DEL MAYO EN HUERTAHERNANDO

Déborah Pérez Cardenal y Pablo Sanz Yagüe

Huertahernando, o La Huerta, que dicen por allí, es un pueblo pequeño castellano de la provincia de Guadalajara. Está en los primeros relieves que se encuentran de la Cordillera Ibérica saliendo de La Alcarria por el valle del Tajo, aguas arriba del río.

Por sus paisajes, economía y forma de vida se parece más a los demás pueblos de la rama castellana de la susodicha cordillera que a los de La Alcarria contigua. Su situación elevada, a más de 1.100 metros de altitud, con unos inviernos más fríos y largos que en los páramos vecinos, y su terreno calcáreo muy pedregoso y áspero, condicionaron que fuese la ganadería de cabras y ovejas, mucho más que la agricultura, la base tradicional de su sustento. En las primeras décadas del presente siglo se contaban en su término varios millares de cabezas de ganado, hasta quince —dicen— en los mejores años. Hoy no llegan a las quinientas, y el pueblo ha sufrido una despoblación feroz.

Hecha esta breve introducción para situarnos, entramos ahora en el asunto que nos interesa.

La fiesta del Mayo, por lo que hemos oído, era la más principal de cuantas se celebraban en el pueblo, después de la de San Miguel, que es su santo Patrón. Para que la terminología no resulte confusa, queremos aclarar que se denominan igual algunos elementos diferentes de la fiesta. Así, la fiesta se llama «del Mayo», o simplemente «el Mayo». «El mayo» es también el árbol que se planta en la plaza. Los mozos y mozas que participan en la fiesta son «los mayos» y «las mayas». Y, por último, también se llaman «los mayos» a unos cantares especiales que se usaban para la ocasión, y «echar el mayo» a cantar cierta copla determinada. Tomando esto en cuenta, será más sencillo advertir en cada caso a cuál de esos elementos nos referimos.

El día 30 de abril, después de la cena, hacia la medianoche, se juntaban en la Casa del Concejo los mozos solteros (mozos eran desde los dieciséis años hasta que se casaban). Allí hacían la subasta de las mayas, que eran todas las niñas y mozas del pueblo de cualquier edad que estuviesen solteras.

El objeto de la subasta era sacar fondos para la fiesta y emparejar a cada mayo, cada mozo, con su maya. Se hacían papeletas con los nombres de todas las mayas, desde las niñas recién nacidas hasta las solteronas maduras, y se sacaban al azar una por una, ofreciendo cada mozo por la que más le convenía.

Las niñas no costaban mucho. Se pagaba por ellas una cantidad pequeña, simbólica más que nada, para darles la ilusión de tener un mayo, y sobre todo para al día siguiente recoger el regalo de sus madres.

La subasta se animaba cuando salían a ellas nozas ya hechas, más apetecidas para cogerlas de pareja. Para obtener el mayor rendimiento posible, si se le conocía a algún mozo un interés especial por quedarse con una maya determinada, le subían las pujas para sacársela al mayor precio posible.

Con frecuencia ocurría, cuando salían los nombres de las mayas más codiciadas, las más agraciadas y hermosas, que varios mozos se picaban por la misma y subían las ofertas a cifras importantes (hasta treinta pesetas en casos excepcionales). En una época en que el dinero era escaso —los años cuarenta y cincuenta—, y más aún en estos pueblos pobres de la sierra, estas disputas les suponían a algunos serios trastornos económicos.

Se permitía tomar parte en la subasta a los mozos forasteros que se encontrasen en el pueblo con motivo de la fiesta; pero los naturales se compinchaban para hacerles pagar mucho por la maya que pretendían; tanto que a veces les hacía desistir.

Todas las mayas se subastaban, de manera que no quedase ninguna sin su mayo por más que la moza fuese fea, sosa o antipática. En cambio, sí podía ocurrir que un mozo no tuviese ninguna maya, si no quería o no podía pujar lo bastante por ninguna moza. También se daba el caso de que un mismo mayo tuviese varias mayas: una, su pareja, y la otra u otras eran niñas menores, hijas de amigos o parientes.

La subasta se hacía en secreto por los mozos, pero no fallaban mozas, las más impacientes y curiosas, que se escondían detrás de un ventanuco de la parte trasera de la Casa del

Concejo para escuchar y enterarse de qué mozos pedían por ellas o por otras y a cómo se cotizaban.

Terminada la subasta, los mozos se dividían en dos cuadrillas. La más nutrida de ellas se encargaba de ir a buscar el mayo. Era ésta tarea dura y a veces penosa, pues había que caminar de noche por sitios malos buscando el pino adecuado, que tenía que ser alto, fuerte y derecho. Se cogía siempre un pino porque en esos lugares no hay otros árboles que abundan con las características requeridas. Los chopos que hay son muy pocos, y las encinas y sabinas no dan la talla. En el término del pueblo había pinos altos y rectos, pero muy mal situados, en lugares de difícil acceso, por lo que generalmente se iban los mozos a montes vecinos a por el mayo. Especialmente apetecidos eran los pinares de las monjas del monasterio de Buenafuente del Sistal, que daban ejemplares hermosos y de muy buenas condiciones.

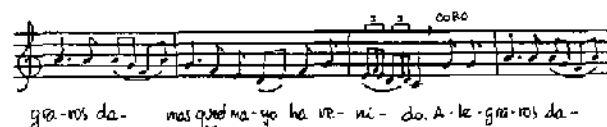
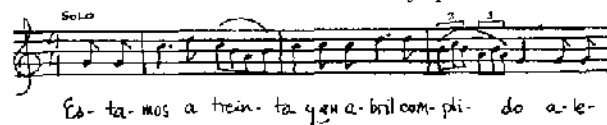
Una vez elegido el árbol, a golpe de hacha se talaba y limpiaba de ramas, salvo un penacho que se dejaba en la picota. A veces se partía la copa del pino al caer, y entonces se empalmaba con clavos. Luego, el mayo se subía a hombros hasta el pueblo. Esta era la labor más complicada, pues cargar por esos terrenos quebrados y difíciles con un armatoste semejante no era siempre posible, y además resultaba peligroso por el enorme peso que había que manejar. A menudo se tenía que desistir del primer intento y buscar otro pino más ligero y llevadero, pues aunque la cuadrilla era numerosa, de hasta cuarenta y más mozos en los buenos años, la carga era demasiado pesada. Para reforzar los bríos y quitarse algo de frío, que por estas altitudes es intenso todavía en esa época del año, los mozos se llevaban buenas botellas de anís y de aguardiente.

Estas tareas se llevaban a cabo con el mayor sigilo, para evitar ser descubiertos por los guardas del monte, a quienes los mozos temían. Por esta razón hubo años en que se talaba el mayo algunos días antes del treinta de abril, para pillar desprevenidos a los guardas, y se escondía cuidadosamente hasta el momento de pingarlo, mas esto no era lo normal. Además, aunque a veces los guardas se presentaban en el pueblo a ver qué era de los pinos que desaparecían, toleraban y consentían con la costumbre del mayo y nunca lo denunciaban.

Entretanto, la otra cuadrilla de mozos que había quedado en el pueblo cantaba los mayos. Esto se hacía ya bien entrada la noche, cuando la gente dormía, o aparentaba dormir, porque a muchas la emoción las mantenía despiertas.

Buscaban unos pocos sitios bien elegidos, de manera que todos los vecinos oyesen los mayos cantándolos sólo cuatro o cinco veces, o alguna más, según estuviesen de templadas las gargantas.

Un mozo, a veces dos o tres, los de mejores dotes, cantaban con voz clara y potente:



«Ya estamos a treinta
y en abril cumplido.
Alegraos, damas,
que Mayo ha venido.»

Y todos los demás repetían a coro los dos últimos versos:

«Alegraos, damas,
que Mayo ha venido.»

Mientras, el solista o los solistas retomaban aliento para volver con la segunda copla, a pleno pulmón:

«Ya ha venido Mayo,
bienvenido sea,
bendiciendo trigos,
cebadas y avenas.»

Y el coro:

«Bendiciendo trigos,
cebadas y avenas.»

Así continuaban con todo el cantar, y terminado éste se iban casa por casa diciendo a cada maya el nombre del mozo que le había correspondido por mayo:

«Si quieres saber, María,
el mayo que te ha caído,
a Juan tiene por nombre
y Bravo por apellido.»

A cantar esta copla se llamaba «echar el mayo». Los mozos que estaban fuera del pueblo buscando el pino, encargaban a alguno de los que se quedaban a cantar que echasen el mayo

por ellos, y lo mismo hacían quienes estando presentes no se consideraban con salero o con ganas para cantarlo por sí mismos.

Para cantar los mozos llevaban acompañamiento de música. Antes de la guerra hubo en el pueblo una buena banda de guitarras, laúdes y bandurrias; pero la guerra la descompuso. Luego se hacía con violín y guitarras. Mientras recorrían las calles iban tocando ritmos de jotas, y al llegar a cada casa donde vivía una maya, le echaban el mayo debajo de su ventana.

Finalmente, una vez que se habían cantado los mayos por todo el pueblo y a cada maya se le había echado el suyo, quedaba pingar el mayo, cuando llegase con él la cuadrilla encargada de eso. Se plantaba en medio de la plaza, frente a la Casa del Concejo, antes de la alborada. A esas horas el personal estaba más contento de lo debido y la operación era peligrosa. Se armaban tijeras con maderos para ir levantando paulatinamente el mayo y encajar su base en el hoyo.

Siempre solía haber un casado o persona mayor dirigiendo las tareas y repartiendo las órdenes precisas.

No hemos podido concretar cuánto tiempo permanecía pingado el mayo. Antiguamente no era mucho, unos días o semanas. Más recientemente algunos duraron muchos meses, pero la costumbre era tenerlo unos días y luego tirarlo, para venderlo y celebrar con el producto una merienda.

El día primero de mayo por la mañana, antes de ir a misa, los mozos se pasaban en cuadrilla por las casas de todas las mayas, de cualquier edad que fuesen, recogiendo regalos, que eran huevos para la merienda de por la tarde. Cada una aportaba según sus posibilidades, desde unos pocos hasta una o dos docenas. Nos figuramos que esto de recoger exclusivamente huevos tendrá algo que ver con el ritual de fertilidad que antiguamente representaba el mayo, porque luego muchos de los huevos se vendían o cambiaban por otras viandas para merendárselas.

Tras la misa venían los bailes. Las mayas tenían obligación de bailar con sus mayos siempre que éstos quisieran, y sólo con el consentimiento de él podía ella bailar con otra persona distinta, aunque fuese su novio. Sucedió a veces que el mayo que correspondía no era nada del agrado de la maya, pero ésta tenía que aguantarle, y como al fin y al cabo se trataba de una fiesta, se intentaba pasar como mejor se pudiese. Sólo en contadas ocasiones fingía la

maya sentirse enferma para no salir de casa en todo el día, o se iba al campo de pastora con el ganado a pesar de ser fiesta tan señalada. Pero éstas eran unas determinaciones extremas y crueles que producían muy mal efecto. Por lo general, la fiesta se hacía a contento de todos, y las mayas respetaban a quienes se habían interesado y pagado por ellas. De aquí salían a la larga no pocas bodas, y es que los mozos procuraban casi siempre hacerse con la maya con la que mejor se entendiesen.

Por la tarde se hacía una merienda para mayos y mayas. Aquí sólo participaban los mayores, así que las mayas pequeñas no intervenían. Se hacía en la Casa del Concejo, y después seguían los bailes en el mismo lugar, porque el frío no permitía salir al aire libre. Los músicos que tocaban eran propios del pueblo, que nunca faltaron antaño. Antiguamente se bailaban únicamente jotas y demás danzas de la tierra. Luego se cambió a los vales, tangos y pasodobles, y la jota se dejó sólo para el final, para rematar con buen tono.

Como los músicos solían ser gente joven, iban turnándose para poder bailar también. En los últimos años que se celebraba la fiesta se contrataba a un músico casado, que se tiraba tocando toda la función, para que los jóvenes disfrutasen con más libertad.

Y así fue la fiesta hasta hace un tercio de siglo. Desde entonces para acá ha ido mermando cada vez más. Hoy ya no quedan mozos ni mozas en el pueblo, porque estas comarcas de la sierra han sido las más castigadas por el éxodo rural. Los mayos hace ya tiempo que dejaron de cantarse. Como reliquia de la fiesta, ahora se juntan los casados y pingan el mayo cuando pueden, porque estos últimos años no hay fuerzas bastantes para eso, y después de traerlo con tractores, que a hombros ya no es posible, tienen que dejarlo tirado en las eras.

Esto es lo que nos han contado de los viejos mayos. A continuación escribimos los cantares con sus letras, según las canta Alejandro Martínez, el tío Sandín, de cincuenta y cuatro años, que de mozo los cantó mucho y bien. Las coplas que él no recordaba las hemos completado de Modesto Martínez, su padre, que fue un cantor excepcional, y las dejó grabadas en 1971, cuando tenía 81 años; y otras más de Dionisio Díaz, de 75 años. Todos ellos son naturales de Huertahernando y se criaron allí, y queremos expresarles nuestro agradecimiento más sincero.

Las variantes de una misma copla las escribimos en la columna de la derecha.

LOS MAYOS

Ya estamos a treinta
y en abril cumplido.
Alegraos, damas,
que mayo ha venido.

Ya ha venido mayo,
bienvenido sea
bendiciendo trigos,
cebadas y avenas.

Ya ha venido mayo,
bienvenido sea,
para que galanes
cumpláis con doncellas.

Esa es tu cabeza
tan rechiquitita
que en ella se forma
una margarita.

Esos tus cabellos
son dos trenzas de oro
donde yo me enredo
cuando me enamoro.

Esa es tu frente,
es campo de guerra
donde el presidente
plantó su bandera.

Esas son tus cejas
un poquito arqueadas,
con arcos del cielo
están comparadas.

Esos son tus ojos,
son dos luces claras,
que con ellos ves
todo lo que pasa.

Esas tus orejas
no gastan pendientes,
porque las adornan
tu cara y tu frente.

Esos tus carrillos
parecen almendras,
crían alhelíes,
jaras y azucenas.

Tu nariz aguda,
tu boca un piñón,
que en ella se forman
cadenas de amor.

Esa es tu boca
con sus dos carreras
de dientes y muelas
que parecen perlas.

Ya ha venido mayo
por esas cañadas
bendiciendo avenas,
trigos y cebadas.

Ese es tu cabello
trenzas de oro fino
donde yo me enredo
cuando en ti magino.

Esa es tu frente,
es campo de guerra
donde el rey Cupido
plantó su bandera.

Esas son tus cejas
un poquito arqueadas,
con arcos de iglesia
están comparadas.

Tu nariz aguda,
tus labios cañón,
tu lengua dispara
a mi pecho amor.

Ese hoyo que tienes
entre tu barbilla
será el descanso
para el alma mía.

Esa es tu garganta
tan clara y tan bella
que el agua que bebes
se clarea en ella.

Esos son tus brazos,
son dos mansos remos,
guían y gobiernan
a los marineros.

Esos son tus dedos
con sus diez anillos,
cadenas y puentes,
para mí son grillos.

Esos son tus pechos,
son dos fuentes claras
donde yo bebiese
si tú me dejaras.

Tu cintura, un junco
criado en el río.
Todos van a verte,
jardín tan florido.

Ese es tu vientre,
es una arboleda
que a los nueve meses
cría fruta nueva.

Ya vamos llegando
a *partes vedadas*,
donde yo no puedo
dar las señas claras.

Esos son tus muslos,
son de oro macizo,
donde se sostiene
todo el edificio.

Esas tus rodillas,
un poquito arqueadas,
con arcos de iglesia
están comparadas.

Zapatito blanco,
la media encarnada,
pequeña es la chica,
pero bien portada.

Ya te hemos cantado
todas tus facciones,
ahora falta el mayo
que te las adorne.

Esos son tus brazos,
de la mar son remos,
guían y gobiernan
a los marineros.

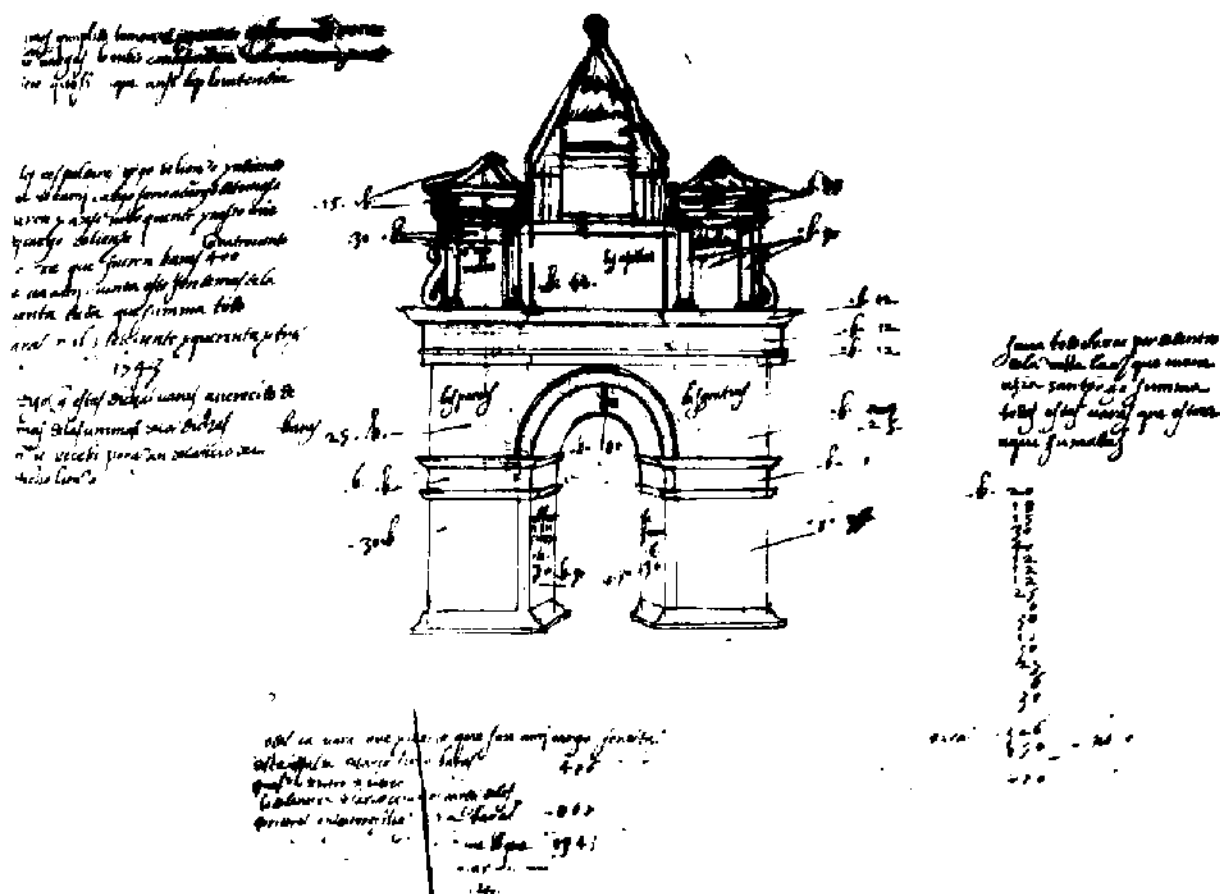
Tu cintura, un junco
nacido en la playa,
todos van a verte,
rosita temprana.

Echar el Mayo

Si quieres saber... (nombre de la maya)
el mayo que te ha caído,
a... *tiene por nombre*
y... por apellido.

"LA PUERTA DEL CAMPO DE VALLADOLID" en un dibujo de B. Rabuyate

Guadalupe Sardiña



Marti y Monsó, en su libro Estudios Histórico-Artísticos, da noticia del pleito que se trató en la segunda mitad del siglo XVI (concretamente en el año 1565) entre el pintor Benedicto Rabuyate y el Concejo de Valladolid sobre el incumplimiento de un contrato que ambas partes firmaron, por el cual Rabuyate y sus compañeros Antonio de Avila y Mateo de Espinosa deberían decorar con pinturas el arco de la llamada Puerta del Campo, con motivo de la entrada de Isabel de Valois, esposa de Felipe II, en Valladolid (1).

Incluye en su obra el referido historiador un diseño de la Puerta presentado por Rabuyate como aportación de pruebas en el pleito. Asimismo otros investigadores han tratado sobre las obras y significado de la decoración realizada con tal motivo (2).

Sin embargo, nadie había vuelto a revisar el citado expediente judicial que se siguió en la Real Chancillería (3). En él, además del ya publicado se conserva un segundo dibujo del florentino Rabuyate que representa la fachada o cara de la Puerta que daba hacia la calle de Santiago, con expresión de las alegorías que se pintaron en ella y que permite completar el significado de lo que seguramente el poeta Damasio Frías quiso que se expresara en los lienzos pintados por Rabuyate (4).

Con respecto a las pinturas que aparecen en el dibujo de la Puerta que daba hacia el Campo, hay que hacer una observación: la descripción que se hace en el documento sobre las pinturas que habían de colocarse en la citada Puerta, no coincide de una manera exacta con las anotacio-

nes que aparecen en el dibujo hecho por Rabuyate. Así, mientras que en el escrito se dice que debería pintarse el rey Enrique, en el dibujo encontramos anotado el nombre del rey Don Juan (5). También el documento describe a los Reyes (Felipe II y doña Isabel de Valois) sentados en su trono, con la Fortuna a sus pies y, sin embargo, en el dibujo únicamente se menciona a los monarcas, sin ningún otro atributo. Por último, a Júpiter se le describe sobre un águila y en el dibujo se le menciona sin mayores precisiones.

A continuación, las historias que aparecen representadas en la fachada de la Puerta que daba a la calle de Santiago, acerca de las cuales el expediente no hace alusión y, sin embargo, se especifican en el dibujo citado.

En las paredes laterales interiores de la Puerta se pintaron el Buen Suceso y la Fama. En las enjutas del arco: las Parcas y las Gracias, correspondiéndose, respectivamente, con Europa y Neptuno, situadas estas en las enjutas de la fachada anterior de la Puerta. En la parte central del sobrecuerpo se situó la representación de los Lapitas, y sobre ella un lienzo de la Reina Doña Isabel, emparejándose en la fachada anterior con la alegoría de la villa de Valladolid y con las cfigics de los soberanos reinantes. A ambos lados de los precedentes se colocaron los lienzos que hacían alusión al Rey Momo a la izquierda, y la alegoría de la Envidia, a la derecha, correspondiéndose con las figuras del Príncipe y del rey Don Juan, pintados en la cara delantera de la Puerta. Por último, coronando todo el conjunto: el ave Fénix, en concordancia con Júpiter, situado en la otra fachada.

Anteriormente se ha hecho alusión al posible significado de estas pinturas. A este propósito hay que decir que Isabel de Valois viajó a Francia aquel año de 1565 para actuar como mediadora en las conversaciones que habían de celebrar la reina Catalina de Médicis (madre de doña Isabel) y el Duque de Alba, sobre la situación religiosa existente en Francia (la problemática entre hugonotes y católicos) (6). Pues bien, sin olvidar que a partir de este momento Isabel de Valois va a ser conocida como Isabel de la Paz, se puede observar que la mayoría de las representaciones que aparecían en los lienzos que se colocaron en la Puerta del Campo eran alusivas a hechos bélicos en la mitología clásica. Se puede llegar a pensar que las escenas se referían a la grave situación interna que atravesaba Francia en aquellos momentos, sin olvidar que, presidiendo la Puerta, en una de sus caras, se colocó la imagen de la Reina junto con la del Fénix, lo cual invita a pensar en una alegoría de su triunfo al conseguir la Paz sobre el caos de la guerra.

(1) J. Martí y Monsó, *Estudios Histórico-Artísticos*. Valladolid-Madrid, 1898-1901. Págs. 423 a 427.

(2) M.^a A. Fernández del Hoyo, *Desarrollo urbano y proceso histórico del Campo Grande de Valladolid*. Valladolid, 1981, pp. 147-151.

(3) Archivo de la Real Chancillería de Valladolid. Fernando Alonso. Fenecidos, C. 1436-3. Leg. 287.

(4) J. J. Martín González (*Juan de Juni*, Madrid, 19, p.), señala su existencia.

(5) Suponemos que el nombre de Enrique se refiere a Enrique II de Francia, padre de Isabel de Valois.

(6) A. González de Amezúa, *Isabel de Valois, 1546-1568*. Madrid, 1949, pág. 321.



Varios paseos por una misma danza catalana

Manuel Garrido Palacios

A Castertellsol, Barcelona, llegué un día lluvioso y festivo: el de los Santos Mártires Fructuoso y Víctor, y pude estar de espectador en el corro placero donde se desarrollaron dos danzas en su honor, una a la que da nombre el pueblo; otra, Ball del Ciri.

Las mujeres se tapaban con caperuza negra, calzaban zapatos de terciopelo y se cubrían con mantellina blanca a la catalana. Los hombres, capa y barretina, aunque alguien me comentó que «a veces era sustituida por sombrero de copa de ala ancha». Con este atuendo bailaron por dos veces seguidas la Danza de Castertellsol. Entre la primera y la segunda, los bailarines cedieron sus parejas a las autoridades, y éstas, ni cortas ni perezosas, dieron con ellas una vuelta a la plaza. Me dijeron que a mediados del diecinueve se restauró el baile, dejando la melodía de ser popular. Arnés Armengol escribió en verso la letra, y parece ser que quedaron un poco alteradas música y coreografía.

La otra danza, la del Ciri, la hicieron seis parejas, pavordes y pavordesas, que suelen ser durante el año los encargados del Altar de los Santos y que acceden a ello por orden sucesivo. La danza en sí es como una ceremonia de traspaso de puestos. Ellas portan un cirio, un ramo de flores y una almorratxa: jarrito de vidrio con múltiples golletes o pitorros por donde se derrama la colonia que contiene. Los tres pavordes arrojan luego las botellas al tejado. Parece ser que hasta finales de siglo el pueblo solamente cantaba la melodía. Brunet fue quien la instrumentó para orquesta, y Serra la redujo para còbla.

En un amplio escrito que existe en el Ayuntamiento se dice que no existen antecedentes del origen de la danza. Pero teniendo en cuenta que el crecimiento de Castertellsol se produjo a finales del dieciséis, en cuyo tiempo las familias de hacendados abandonaban las masías para instalarse en casas señoriales del pueblo, parece probable que pudiera tomar forma en tal época.

En Gironella me cuentan, sobre la danza, que también hacen, como en otros muchos puntos catalanes, que tiene un sentido conmemorativo del Derecho de Pernada que asistía al señor feudal del sitio. El Esbart San Jordi desarrolló la coreografía yendo el feudal con capa y sombrero de copa, con revuelo de orquesta y séquito, a buscar a la novia, que está en su casa con invi-

tados. Se forma un cortejo por este orden: primero la novia, emparejando con el feudal. Tras ellos, el novio, solo, y en tercer lugar, el acompañamiento.

En la plaza pública el feudal estrena baile con ella, y como colofón la rocía del perfume que contiene la almorratxa. Lo mismo hace después con cada una de las damas, hasta que en la última, quizás cansado, se retira del baile y deja sitio a los respectivos novios, que corren solícitos a ocupar sus puestos.

En Poble de Lillet la llaman nuestra querida danza cuando hablan de ella, y la interpretan «el lunes de Quincuagésima en el Santuario de Nuestra Señora de Falgás». Me hablaron diversas personas del arranque de la danza en los tiempos feudales, y hubo una que me citó a los señores Pinós y Mataplana como titulares de las Baronías de Bagá y de la misma Poble ha tiempo. Parece ser que el feudal tenía estrecha relación con los festejos, y dentro de la danza simbolizaban su derecho al veto con la Bornatga, un ramo adornado que hacían pasar sobre las cabezas de las nuevas parejas en señal de visto bueno. La danza en sí podía durar hasta dos horas, y éste era el tiempo que se aprovechaba para cerrar tratos, concertar entrevistas, negociar, contactar y comprometer familiarmente emparejamientos entre «fadrins y donzelles, hereus i pubilles, sin intervención de notario», pues la promesa que se hacía era asunto sagrado.



Días más tarde, en San Cugat del Vallés, vi lo que ellos hacen bajo el nombre de Ball del Vano y del Ram, que lo encajan entre el XVII y XVIII, años más o menos, que empieza con un desfile y sigue y termina en círculo endulzado con música de minueto. Pude interesar al maestro de la danza en contarme los pormenores históricos, el sentido con el que llegó hasta nuestros días, y el hombre me dijo que «resulta que hace como dos siglos había aquí unos mil quinientos habitantes. Y en una de las masías tenían una hija muy bella, y un mozo de cuadra se enamoró, y, claro, al padre de la chica pues no le sentó muy bien que digamos, aunque ella le correspondía. Y venía a pasar aquí el verano una familia de Barcelona con mucho dinero y pretendieron hacer lo de siempre: unir familias, hacer un buen matrimonio, que era como unir tierras, propiedades, herencias, y las relaciones con el chaval empezaron a tener trastornos. Claro, la chica despreció al joven rico, y éste, al darse cuenta, le dijo: «Pues, mira, a éste le cedo paso, pero allá tú.» Entonces vino la festividad de San Pedro, que era la de la parroquia de San Cugat, y la pareja prometió, en acción de gracias, por no tener impedimentos en su camino, bailar esta danza, y que llamaban Ball del Palo y el Ram.

Ball y Joan a Marietta

Ball y Joan, un Vano y un Ram.

Ellas con abanico y ellos con ramo de flores.

—Al principio he visto que usted le llevaba el ramo a la chica del abanico.

—Todo esto tiene sus principios en costumbres medievales. Antes el señor y después el mozo, que ya se queda con ella.

—¿Le gustaría a usted rematar el baile?

—A mis ochenta, sí, todavía. Y ya, ya lo haría, ya, si hubiera ocasión.

En Seo de Urgell, que aparte de otras cosas merece la visita sólo por caminar entre el románico, le llaman Ball Cerdá, y lo han hecho durante todos los domingos de la Fiesta Mayor desde principios del dieciocho. La cobla se sitúa en un templete de la plaza, y ante un graderío agolpado en los balcones, más el círculo que lo encuadra, desarrollan este baile elegante, del que dicen que es «la ceremonia de petición de mano de la doncella catalana». Sólo se conserva intacto el traje de la mujer: saya, falda de seda, delantal, jubón y rica corbata. El hombre viste de hoy, con traje de oficina o de domingo, y se toca con barretina. Igualmente abren la danza los fadrins, y ya luego evoluciona más o menos como en los demás sitios. Se suele ofrecer al público caramelos y peladillas.



En Esterri de Aneu llaman a su danza L'Esquerrana. Está en manos de la juventud, y la airean por agosto, coincidiendo con la Fiesta Mayor.

En Lloret de Mar, todos los 24 y 26 de julio hacen en la plaza la danza de Ses Morratxes. Parecido al Ball del Ciri de Castelltorsol y a otros tantos Ball de Plaça, me contaron que se trata de una ceremonia más de transferencia de poderes. Pero hubo otra versión de un buen hombre que dijo haberla bailado de joven, que puso de protagonista a un árabe rico de la costa, enamorado de una doncella cristiana. El moro iba cuando ella venía, y la diferencia de religión se convirtió en un foso inexpugnable. El día de la fiesta pública, a la hora de danzar, llegó el moro con su mejor ropa y quiso emparejar con su dama ofreciéndole una almaraja, tarro de cristal con múltiples pitorros lleno de esencia. La chica, en un arrebató, cogió el cacharro y lo estrelló contra el suelo. Al moro le sentó mal y se volvió a su Africa. Y ella se fue a monja. Otro compañero de la misma edad y que también en su juventud había salido al coso a lidiar el trago de la danza, me aclaró que «el jarrito se rompe para demostrar el valor del que es capaz un hombre por una mujer». De todas formas, las parejas entraron en la plaza con aire de marcha; ellos de traje negro; ellas, de color y largo; ellos con una morratxa; ellas, con un abanico. La danza, a la manera de un minué cortesano, desarrolló sus mínimas evoluciones alrededor. La orquesta repitió incansable dos motivos musicales y el sol de julio contribuyó a que el ambiente se calentara. En un momento de la danza, los hombres derraman los perfumes de las almorratxas a los pies de las autoridades y las entregan vacías a sus damas. Estas las tiran al suelo. Me apuntó mi amigo que existe una

creencia popular en cuanto a que si la jarra se rompe al primer contacto, la moza se casará. El otro puntualizó: «Dentro del año.» Mi amigo dijo que conocía casos en que no. Y así quedaron. Tras la rotura del cacharro hicieron el «toquen a correr», una especie de fuga progresivamente acelerada hasta terminar en carrera, en contraste con la parsimonia de la danza propiamente dicha. Tras los aplausos y los sofocones de las damas que bailaron en la inesperada carrera, la plaza quedó vacía. Sólo cuatro barrenderos viejos recogían los restos de las almorratxas rotas, ya sin símbolo.

El movimiento de los cuatro hombres uniformados en el centro, encorvados, con recogedores y escobas como atributos, me pareció otra danza, ésta con música propia, creada a partir de cristal sin formas, madera y arrastre suave de palmas por el suelo. Pero el gran círculo de público ya estaba ajeno a ella.

El Esbart Cadí, de Bagá, conserva para las grandes fiestas su Ball Cerdá. Este grupo fue fundado hace algunos años por un matrimonio de maestros, que, además de la a, e, i, o, u y el dos por dos, metieron a los niños en descubrir restos de danzas y músicas. Los componentes del Esbart de hoy son aquellos alumnos, que constituidos en protectores de L'Obra del Ballet

Popular, han ensanchado su repertorio hasta convertirlo en documento vivo, imprescindible, para el estudio de las danzas catalanas, además de guardar en su seno colectivo memoria emocionada del maestro.

Me contaron a grandes rasgos el marco del Ball Cerdá, que evito describir, ya que con ligeras variantes he venido haciéndolo conforme recorría pueblos. En el interesante Archivo de Bagá existe un documento en el cual se dice cómo en vísperas de Carnaval, los concejales, cónsules entonces, iban por las casas recabando ayudas económicas para montar una gigantesca comida el domingo dedicada a los más necesitados. Aparte de Bagá, en otras localidades de la Alta Cataluña, como Gósol, Artés, Pobla de Lillet, Castelltersol, me han hablado de ello. Pero ocurre, según me dijeron en Bagá, que en los demás sitios ha caído en desuso y aquí no; la comida se hace para todos, locales y forasteros. Esta tiene como base el arroz y como forma la paella, me dijeron, la más grande de España. Los niños se sientan alrededor de la plaza, con plato, tenedor y servilleta, y los mayores hacen cola con lo mismo. Pues bien, antes de comer, se hace el Ball Cerdá, que, después de la Sardana, me suena a como otro himno del cuerpo, a otra expresión generalizada y sentida. A otra gran seña de identidad inequívoca.



REFRANES ALUSIVOS A LA AMISTAD

Juliana Panizo Rodríguez

Para Martínez Kleiser, los refranes son esencias de pensamiento, formas de experiencia, extractos condensados de sabiduría práctica. Entre estas expresiones de sabiduría popular, ocupan un lugar destacado los refranes alusivos a las relaciones humanas y, en concreto, a la amistad.

Las paremias que insertamos seguidamente, relativas a la amistad, las he recopilado en Barcial de la Loma (Valladolid) y pueblos limítrofes. Destacan, entre otros, los siguientes aspectos: características de la verdadera amistad: «El amigo leal, más que en el bien te acompaña en el mal», «En prisión y enfermedad se conoce la amistad». La conducta con los amigos: «A amistades que son ciertas, siempre las puertas abiertas». Escasez de los buenos amigos: «Amigos, uno entre ciento, y si mejor lo he de decir, uno entre mil». El número de los amigos: «Amigos, pocos y buenos». La reconciliación de los amigos: «Amigo reconciliado, vaso quebrado y mal lañado». La amistad falsa: «Quien se fía de amigo no fiel, buen testigo tiene contra él». La amistad interesada: «Amistad por interés, hoy es y mañana no es». La amistad peligrosa: «El amigo imprudente, con una piedra te mata el mosquito de la frente».

Amigo de muchos, amigo de ninguno.

Amigo enojado, enemigo doblado.

Amigo que es amigo de mi enemigo, no es amigo.

Amigos verdaderos, un palo y un perro.

Amigos hay buenos para en plaza y malos para en casa.

Amigo leal, castillo real.

Amigo leal y franco, mirlo blanco.

Amigo traidorcillo, más hiere que cuchillo.

Amigo viejo, tocino y vino añejos.

Amigo del buen tiempo, múdase con el viento.

Amigos buenos y mirlos blancos, son harto raros.

Amigo en duda, quien te aconseja y pudiendo no te ayuda.

Amigo tarambana, quien lo pierde eso gana.

A mi amigo quiero, por lo que de él espero.

Amigos, pocos y buenos.

Amigos buenos, uno entre ciento; y si mejor he de decir, uno entre mil.

Amigo cabal, tesoro ideal.

Amistad quebrada y soldada, vale poco o nada.

Amigo reconciliado, vaso quebrado y mal lañado.

Amigo reconciliado, enemigo doblado.

Al amigo que en apuros está, no mañana, sino ya.

Al amigo cuando lo pruebas, ¡qué chasco te llevas!

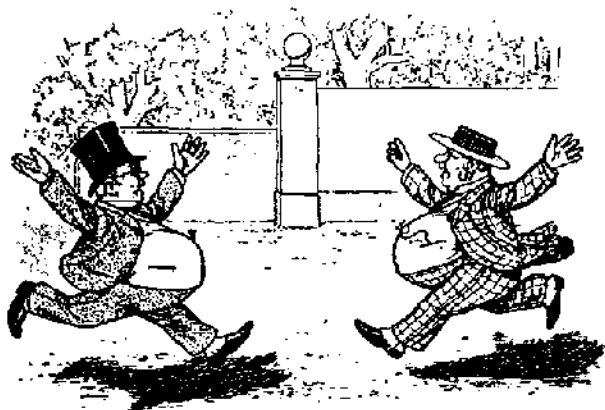
Amistad rehecha, siempre vive en sospecha.

Amistad que no fue duradera, no fue verdadera.

A amistades que son ciertas, siempre las puertas abiertas.

Amistad vieja y casa nueva.

Amistad con todos, confianza con pocos.



Amistades lisonjeras, no las quieras.

Amistades y tejas, las mejores las más viejas.

Algo bueno true la adversidad consigo: que ahuyenta a los malos amigos.

Amistad que siempre dice «dame», más que amistad parece hambre.

Al que tiene buen vino en su bodega, en jambres de amigos se le llegan.

Amistad no probada, ni es amistad ni es nada.

Amistad verdadera o fingida, el tiempo la examina.

Amistad por interés, hoy es y mañana no es.

Bueno es tener amigos, aunque sea en el infierno.

Barca, juego y camino, del extraño hacen amigo.

Bocado comido, no gana amigo.

Conocidos, muchos; amigos, casi ninguno.

Con el buen amigo venderás tu vino y cogerás tu trigo.

Cuando menester lo has, el amigo se te va.

Cuentas claras, amistades largas.

De tu amigo nunca esperes lo que tú por él no hicieres.

El amigo leal más que en el bien te acompaña en el mal.

El buen amigo, en bien y en mal está contigo.

El buen amigo, espejo es en el que me miro.

El buen amigo hasta que se pierde no es bien conocido.

El amigo que no presta y el cuchillo que no corta, que se pierda poco importa.

El amigo y el diente, aunque te duelan, súfrellos hasta la muerte.

En la pobreza y en el peligro se conoce el buen amigo.

En la necesidad se ve la amistad.

En el grande aprieto se conoce al amigo neto.

El amigo imprudente, con una piedra te mata el mosquito de la frente.

Entre amigos, quien más pone más pierde.

Entre amigos no hay cosa secreta.

Entre amigos de buen cuño no hay mío ni tuyo; mas amigos de esta clase, ya no los hay ni los hubo.

En prisión y enfermedad se conoce la amistad.

En los males se conoce a los amigos leales; que en los bienes, muchos amigos tienes.

Ese es tu amigo, que te da de su pan y de su vino.

Entre amigos verdaderos no se miran los dineros.

En la amistad no hay medio: o conservar al amigo o perderlo.

La amistad entre iguales es la que vale.

La adversidad es la piedra de toque de la amistad.

La bolsa y la puerta, para los amigos, abierta.

La amistad o encuentra iguales o los hace.

La amistad no tiene edad.

Las firmes amistades se hacen en las mocedades.

Los amigos y el vino, a veces derechos y a veces torcidos.

Los buenos amigos han de ser reñidos.

Llegada la ocasión, el más amigo, el más ladrón.

Mal amigo y mal amor, olvidarlos es mejor.

Más pronto se conoce al enemigo que al amigo.

Más vale un amigo que cien enemigos.

Más vale un buen amigo que diez cuñados o primos.

Más vale buen amigo que pariente ni primo.

Más vale un buen amigo que un hermano legítimo.

Más vale tener amigos que señoríos.

Melones y amigos, muchos salen pepinos.

Mi amigo puede engañarme una vez; mi falso amigo, diez.

Mientras más amistad, más claridad.

Ni amigo reconciliado ni manjar dos veces guisado.

Ni yerba en el trigo ni sospecha en el amigo.

No es amistad la que siempre pide y nunca da.

No es buen amigo quien te oculta el peligro.

No hay mejor espejo que el amigo verdadero.

No busques por amigo al rico ni noble, sino al bueno aunque sea pobre.

Quien tiene amigo no cierto, tenga un ojo cerrado y el otro abierto.

Quien tiene un buen amigo, téngase por rico.

Quien buen amigo halló, con un mirlo blanco topó.

Quien confía en amigos, el desengaño lleva consigo.

Quien se fía de amigo no fiel, buen testigo tiene contra él.

Si a tu amigo dieres una cosa, no le demandes otra.

Si tus dineros se van, tus amigos también se irán.

Si quieres de tu amigo saber la voluntad, finge necesidad.

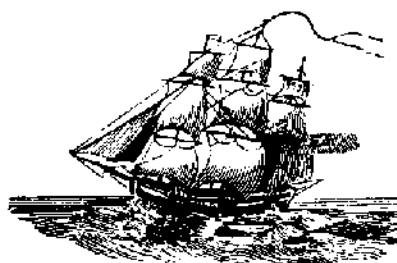
Ten muchos conocidos, pero un solo amigo.

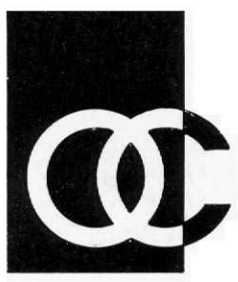
BIBLIOGRAFIA:

MARTINEZ KLEISER, Luis: *Refranero general ideológico español*, Madrid, 1953.

OLIVER, Juan Manuel: *Refranero español*, Madrid, 1983.

BERGUA, José: *Refranero español. Colección de ocho mil refranes populares, ordenados, concordados y explicados*. Madrid, 1977.





Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular
VALLADOLID